

LA CONCORDIA,

REVISTA MORAL, POLÍTICA Y LITERARIA.

Núm. 6.

Domingo 14 de Junio de 1863.

Año I.

DE LA SUBLEVACION DE LOJA.

APUNTES SOBRE LA EXPOSICION DE SUS CAUSAS: ALGUNAS IDEAS
SOBRE LOS MEDIOS DE COMBATIRLAS (1).

V.

Discurríamos en nuestro artículo anterior acerca de la funesta influencia que—contra la intencion de sus autores—ejercieron y ejercen en Loja y su comarca las predicaciones de la prensa democrática, por lo bien preparado que hallan el terreno, si bien en nombre de muy distintos principios, como que son los de la verdadera fraternidad, que nace de la caridad evangélica. Esta impone al poderoso y al rico deberes, cuya sancion no es ménos efectiva por no estar en los clamores de las turbas, ni en las declamaciones de los tribunos. Tiende á la igualdad: no deprimiendo á los felices del mundo para elevar sobre sus ruínas, como sobre un pedestal, á los que nada tienen, é improvisar con ellos, á su manera, una nueva aristocracia, que barrerá y reproducirá sucesivamente una y otra oleada; sino que sin degradar ni rebajar á los primeros, levanta á los segundos, poniéndolos á un nivel en cuanto á la dignidad, como hombres, como cristianos y como ciudadanos, y dándoles acceso á todo, por medio de la inteligencia, de la actividad y el trabajo.

Insistiendo de esta suerte en nuestra idea, vamos á hacer una nueva justicia al orador y publicista de *La Discussion*.

Presumíamos desde luego,—y los hechos confirmaron nuestra conviccion,—que ni él, ni los que están á su altura, tenían ni tienen interés en que las cosas se llevaran á donde ni cómo se llevaron. Sus escritos, es verdad, cunden abundantemente por todo aquel litoral: los hemos oido declamar y discutir con empeño en el café democrático de Antequera, verdadero centro de la manifestacion revolucionaria; los hemos visto en la soledad de los campos, colocados y sostenidos con piedras junto á las fuentes públicas, para que allí saciase su doble sed el viandante: los comentan á su modo, en primer lugar el maestro de escuela, y luego el veterinario y el albéitar, el gañán y el pastor. Á individuos de todas estas clases los hemos oido, porque tambien nosotros gustamos mucho y muy verdaderamente, de estudiar al pueblo y de oírle, y le somos deudores de altas enseñanzas.

Sí; debemos decirlo. Son muchas las veces que nos han cautivado los altos ejemplos de caridad y resignacion que

hemos visto en la casa del pobre; ni son, por cierto, raras las que hemos admirado las claras luces de su inteligencia y la exactitud de sus juicios, sobre todo en aquellas hermosas provincias de Andalucía que amamos como nuestra Patria, y en donde ¡vive Dios que ni el genio, ni el corazon, ni la imaginacion, ni el elixir han sido nunca puestos á estanco, ni sujetos á vinculacion! Y cuenta que estas dotes no son exclusivas en ellos para las condiciones normales de la vida, ni para aquellas que más pueden adaptarse á la situacion de nuestro espíritu; ántes por el contrario, en ninguna dejan ellos de tener salida; ninguna, por imprevista que sea, les coge de improviso.

Ni sabemos ni queremos adular á nadie: ni al que mucho puede en la tierra, por ser la fuente de todo, ni á las muchedumbres, que hoy valen mucho, porque son los más. Hablamos ahora de muchedumbres extraviadas, y condenamos y lamentamos paladinamente el extravío: le condenamos con rudeza; le lamentamos con verdad.

Pero debemos reconocer que muchas, que la mayor parte de aquellas sencillas gentes—y contábanse y cuéntanse por millares—si bien iban atraídas ciertamente por el cebo del reparto de bienes, iban de buena fé, sin echar en cuenta que tocaban á los límites del delito, y que estaban á dos dedos del castigo y de la perdicion. Faltáronles jefes, por fortuna: los hombres capaces, aparte de otras consideraciones, se asustan—y es para asustarse—como hacía el estudiante alemán cuando el diablo se aparecía á sus conjuros; porque diablo es la revolucion, que no se va como se viene, y sus apariciones son de sangre y de lágrimas, y de muchos naufragios: el de los intereses, el de la posicion, el de la honra, el de la conciencia... ¡el de la Patria tal vez!

VI.

Pero hemos dicho que muchos de los conjurados, de los *marticulados*, como ellos decían, de las mujeres sobre todo, estaban de buena fé; y aquí es el caso de exponer otra seduccion que han tenido, otra cooperacion que ha contribuido poderosamente á su extravío. Esta cooperacion es la *necesidad*: esta seduccion es el *ejemplo*.

¡La necesidad!... ¿sabeis cuál es esta funesta necesidad? ¿Conoceis sus causas? Pues vamos brevemente á explicarlas.—Es que el pueblo andaluz, y los de todo el Mediodia de España son hoy más desgraciados, son acaso más pobres, son ciertamente más proletarios que nunca. ¿Buscais la causa?—De cierto que os sorprenderá hallarla: es la *DESAMORTIZACION*.

Sí: la *desamortizacion*—sobre todo la rural—*ha amortizado en Andalucía*. Para los que no conozcan la manera de

(1) El primer artículo en el núm. 4.º de LA CONCORDIA, del 31 de Mayo último.

ser de aquellos pueblos, esto podrá parecer una paradoja. Pero la verdad es como la luz: basta que rompa, basta que se muestre, para que hiera la vista, para que la vea todo el que la quiere ver.

No necesitamos datos estadísticos para la confirmación de esta verdad; pero si empeño fuera, la estadística no nos desmentiría.

En pueblos de abrasado clima, en donde llueve poco y en donde no hay riegos, ni la pequeña propiedad, ni la rotación, ó más bien multiplicidad de cosechas, son posibles. Allí sólo el gran cultivo puede ofrecer al agricultor esperanzas, ó más bien compensación. Resulta, pues, que ni las propiedades puestas en venta han debido ni podido partirse; y es más: cuando lo han sido, y se han repartido gratis estos pedazos, ¿qué habían de hacer, qué han hecho con ellos los nuevos propietarios? Sin medios de cultivar, se han apresurado á vender; rogando, instando, llevando al propietario rico colindante—y no por su justo valor, sino, como suele decirse, por un pedazo de pan ó por un plato de lentejas—su giron de propiedad, ó su progenitura. Recordamos por ejemplo, entre muchos que pudiéramos citar, el de cierta magnífica dehesa en Carmona, que se distribuyó, no vendida, sino por reparto vecinal.—Pudo perderla el comun de vecinos, quedándose con ello sin pastos, y por consiguiente sin ganadería; y no teniendo ganadería, sin abonos; y careciendo de abonos, sin agricultura; pero es lo cierto que al año próximo—á los dos años cuando más—aquella multitud de propiedades se había consolidado en una sola mano, en la del propietario rico; sin que hubiese quedado á los improvisados propietarios ni á sus familias otra consecuencia de aquel beneficio, sino la de haber recaído en la triste condición de simples jornaleros.

Muchos, además, han venido á parar en ella por la desamortización eclesiástica, desde colonos de siglos, cuyas colonias se transferían y aun se transfieren—por ejemplo, en la provincia de Valencia—en virtud de herencia ó de testamento: ¡santa, veneranda institución que, cuando está en las costumbres, es el más alto elogio que puede hacerse de un estado social y de la agricultura de un país! Pues bien: entre estos propietarios figuraban constantemente (eso no puede dudarse nunca) el Clero, las comunidades religiosas y los Patronatos de Beneficencia ó Instrucción pública. Estas fincas se decía que estaban en manos muertas; pero esas manos, vivas y abiertas estaban para hacer el bien! Os damos de barato que ni cultivaban con tanta perfección, ni cogían tanto, ni pagaban tanta contribución como los propietarios de hoy. Pero ¿sabéis cuánto pagaban sus colonos, y cuánto pagan ahora? Pues vais á verlo, aunque de oírlo se os parta el corazón. Los nuevos propietarios han subido las rentas hasta seis tantos más de lo que la Iglesia y los antiguos cobraban. No uno, sino muchos casos pudiéramos aducir como ejemplos: no lo haremos, sin embargo: sabido es que huimos de citar nombres.

Al propio compás que la desamortización eclesiástica, ha hecho daño la civil, en cuanto con ella se ha remachado y perpetuado el funesto divorcio entre la agricultura y ganadería. Se ha quitado á los pobres los medios de cultivar su escaso patrimonio, de prosperarle al abrigo de estos bienes.

que no apropiados á ninguno, eran por lo mismo de todos en la realidad. Los cultivadores de otras provincias se asombrarían si viesen lo que necesita el labrador andaluz para serlo con alguna probabilidad de salir adelante y de mejorar en su granjería. Nosotros hemos tenido que estudiarlo por deber, y lo hemos hecho publicar en el *Boletín del Ministerio de Fomento*, cuando dicha publicación y aquel ramo nos estaban encomendados (1). Por ello es tan precaria y aventurada la suerte de los pelentrines y la de los que cultivan rancho ó pegujar, en que tan raros son los medros, hasta que se llega á cierta escala. Pues bien, ¿qué sucederá cuando sobre las condiciones generales del cultivo en el país, todavía artificialmente y de un golpe, se añade dificultad á las dificultades, privándoles de los desahogos y auxilios que les daban los pastos comunes y los arrendamientos bajos, de largo tiempo é inalterables, en donde podían plantear su especulación?

Pero hay un hecho más grave. La ola que se llevó tras de sí las propiedades de la Iglesia, también arrebató consigo al dueño, al Sacerdote. Es decir, que el pueblo perdió de un golpe, no solo al que le daba la mano, sino al que cerca de él, dentro de su vida íntima, acaso con él gozaba, pero, más de seguro, con él sufría también, y compartiendo sus fatigas, le enseñaba y consolaba.

Partidarios del comunismo y de la democracia: ¿habeis caído en cuenta en que si había algunos frailes ricos, la mayor parte de ellos eran mendicantes, esto es, democracia, y que en ellos,—antes, y más que en ninguna otra sociedad del mundo,—se ensayó ese propio sistema de comunión de bienes que tanto os encanta?

Sabemos muy bien—ya lo hemos dicho—que envuelto con estos bienes, venía el mal. Mas ¿habeis analizado el uno y el otro? ¿Los habeis pesado? ¿No sabéis que hace tiempo que ha dicho uno de los primeros pensadores del mundo: «Vemos los abusos; vemos los remedios; pero no vemos los abusos de los remedios?»

Pero nos quejábamos de la seducción del ejemplo, que es lo que más habla á las masas, porque es lo que les entra por los ojos. Pues bien; la seducción viene de esas fortunas improvisadas, que por todas partes se han levantado; algunas, respetables sin duda, parto de la actividad, de la inteligencia y del trabajo; pero muchas—pero las más—adquiridas con harta facilidad, por los mismos compradores de esos bienes, por los contratistas de suministros de los pueblos, y más aún por los especuladores sobre estas clases de papel; por los comisionados de amortización, por tantos otros, que en todas partes conoce el pueblo, que puede señalarlos con el dedo. Pues bien; la lógica llevaba—y no puede menos de llevar—á las imaginaciones ardientes, del despojo de unos bienes al despojo de otros; de la sanción del primero, calificado ya en la esfera

(1) Dice así la *Memoria* de la Junta de Agricultura de Córdoba, una de las más feraces y ménos caras de Andalucía:

«Alguno que otro trabajador inteligente, laborioso y honrado, que logra reunir un pequeño capital, puede vivir con su familia dedicándolo á la labor... Si llega á poder reunir hasta veinte onzas de oro, puede ya vivir y prosperar, contando empero para ello con su asiduo trabajo, y ayudado con el que pueda prestarle su familia.»—*Boletín oficial del Ministerio de Fomento*, tomo IX, pág. 41.

de los *hechos consumados*, á la del otro á quien sólo falta la moral acomodaticia del éxito.

No os asusteis, pues, de esta lógica; ó por lo ménos si habeis de condenarla,—y condenarla es forzoso,—preciso es que busqueis las razones en otro arsenal; en los principios tutelares de la sociedad, cuando la sociedad está en caja; en los únicos que pueden salvarla cuando pelagra, y restablecerla, cuando anda desquiciada: en la Religión y en la moral purísima, que de ella se deriva; en la doctrina, en el ejemplo, en el consuelo, en la persuasión, ¿qué digo? hasta en la imaginación de los pueblos.

Sí: hasta en la imaginación. Sintiera el Gobierno de entonces á la manera que sienten aquellos naturales; comprendiera su carácter impresionable, pero generoso, profundo, tierno, melancólico; hubiérale visto siquiera, sóbrio en medio de la exuberancia de su riqueza, ostentando las galas de su espléndida naturaleza entre el apretado cerco de sus graves y magestuosas montañas, entretejiendo en fin sus sábanas de flores, los tendidos mares de sus mieses, los alegres pámpanos de sus viñas y sus remotos horizontes de olivos, con la triste corona de sus cipreses (1); y ya que del genio nativo andaluz no recibiese la inspiración de lo que todas estas necesidades y dolencias morales y sociales reclaman,—que para ello hubiera debido nacer en aquel suelo, y tener el alma templada á este diapason—por lo ménos hubiese podido comprender lo que la agena explicación le mostrase, lo que era hasta fácil descubrir á la más vulgar observación. ¿Qué hizo en vez de esto el general O'Donnell, y el Ministerio que con él compartía la gobernación del Estado? ¿Cuál fué la panacea, cuál el bálsamo siquiera que aplicaron á estos dolores?—Vamos á examinarlo.

VII.

Estamos en el punto en que suspendíamos nuestro examen en el artículo anterior.

Por de pronto, los que no supieron prevenir que estallasen aquellos tristes sucesos, ni acertaron á rechazar la fuerza con la fuerza,—como por desgracia han de hacerse estas cosas,—de una manera enérgica, acaso terrible, pero instantánea, que dé inmediato acceso á la Clemencia, y abra las puertas al arrepentimiento; lo que hicieron, fué evocar una ley en desuso, hija de otras circunstancias, y entregar con ella los presuntos reos á los tribunales, principalmente á los militares.

Ya lo hemos indicado, y seremos más explícitos sobre este punto. Reconocemos y admitimos en la sociedad,—por más que nos duela,—no sólo el derecho, sino el deber de la represión y del castigo. Uno de los Magistrados contemporáneos, que honran la toga, hallándose al frente de la Audiencia de Madrid, ha tenido el noble y raro valor de examinar este derecho y este deber, y vindicarlos donde

más eran negados y combatidos, en su aplicación á los delitos políticos.

Mas si esto puede tener lugar alguna vez, por más que sea frecuente y terrible ley que la sangre de la víctima ahoga al fin al verdugo, y aun alguna vez al vengador, ¿quién pudo creer nunca que era posible ni político procesar á pueblos enteros, y entregar á los jueces toda una generación?—De cierto no se debió esperar que así se desarmaran los odios, ni se desenconaran las voluntades. Ni fué menor la ilusión si se creyó que así se había de dar lugar á la meditación, ni entrada al arrepentimiento.

Si la Providencia quiso que el carácter enérgico de un digno militar hiciese abortar la sublevación, impidiendo que estallara en Antequera; si tampoco hubo erupción en Archidona ni en algunos otros puntos donde rujía amenazadora, circunscribiéndose á Loja por circunstancias especiales, y sobre todo, por la credulidad de un funcionario, que á ojos vistas permitió—sin comprenderlos—los ensayos y los alardes, tomando por lo sério protestas de lealtad harto sospechosa, por lo mismo que afectada; si creyó—repetimos—

Que escrito está que siempre
esas cosas se crean!...

el Gobierno pudo y debió no ensañarse con los vencidos; y más, cuando otra cosa no le ocurrió hacer, cuando tardó en resolver, y en los momentos supremos se cruzó de brazos, para adormecerse luego en los de la más absoluta inconcebible indiferencia ó confianza, dejando que se hacinen nuevos materiales, y que acoche el rencor el momento de aplicar la tea al combustible.

Pero, como quiera, preciso es á todos reconocerlo; grato para nosotros el proclamarlo. Lamentamos ¡ay! la sangre derramada; aquellas sentencias que no habiendo preparado donde cumplirlas,—hablamos de las que se impusieron para Fernando Pío—más bien revestían el carácter de deportaciones. Mas á pesar de ello, es la verdad que los tribunales no se ensañaron con los reos. Nosotros tenemos conocimiento de muchas de esas causas, y podemos afirmar que por sus méritos hubo de dilatarse más la esfera de los castigos. Pero así y todo,—¡qué de agonías!—¡cuánta vejación!—¡cuántas lágrimas!

Mas apartemos de ellas la vista, para fijarla en el único escaso bien que aquellas averiguaciones trajeron. Ellas—ya lo decíamos—son un libro abierto, en que es dado leer el carácter de aquellos sucesos. Repase sus páginas el que dudare. Nosotros las hemos podido leer por nosotros mismos: de la propia Granada ha resonado una voz para contestar al orador mal informado. En esas páginas se halla plenamente comprobado el carácter socialista ó comunista del alzamiento, si por ventura lo es el reparto de bienes, hecho entre los que no tienen bienes ningunos, con despojo y olvido de sus legítimos dueños.

Pero otro rasgo característico hay, si no tan generalmente pronunciado, lo bastante para que conste su presencia, para que no deba ni pueda ignorarlo el Gobierno. La Concordia no tiene, no pide para nadie animadversión ni castigos, pero sí enseñanzas para el que manda; pero sí escarmiento para los que obedecen.

(1) Llama en efecto la atención del observador, en los pueblos de la provincia de Málaga y otras de Andalucía, la afición que tienen al ciprés, como si quisieran que su fúnebre copa contrastase con la belleza y voluptuosidad de sus campos, y sobre todo, de sus huertas, quintas y jardines.—Siempre hemos creído que este gusto, verdaderamente oriental, es un rasgo característico de aquel país.

Pues bien: es cierto que en algunas de las causas (de seis ú ocho reos, doblemente infelices) existían esas horribles imprecaciones, esas profanaciones hácia los objetos más altos, más amados, más respetables de nuestro culto, de nuestra sacrosanta Religión. La mente se resiste á creer, la pluma á trazar que ha habido españoles que hayan podido hacerse reos de tan horrendos delitos! Habían hecho creer á esos desventurados que esto era el protestantismo, que así protestaban contra la fé de sus mayores! El protestantismo!—Por cierto, si de buena fé le profesasen siquiera los instigadores de esas farsas tan absurdas como criminales, de cierto no las impondrían á nadie. Los que de esa suerte profanan la imágen de Dios, ciertamente no creen en Dios.

Achaque es este comun de ciertas conspiraciones, en que se pugna por desquiciar los fundamentos de la sociedad. Al tramar Catilina la conjuración socialista de Roma, también hizo á sus afiliados que bebiesen sangre humana. El caso era ligarlos por la perpetración de un crimen, cuyo horrible vínculo dificultase el arrepentimiento. Así se aspiró aquí por los seductores á descatalogar á sus víctimas, queriendo arrastrarlos, como lo consiguieron, á una acción tan bárbara é impía, que les hiciese romper con la Religión de sus Padres y con los más dulces recuerdos de su infancia, para tenerlos dispuestos á todo lo malo y á servir sus execrables miras.

Por lo demás, sin esto, ¿quién habla de protestantismo á pueblos meridionales? ¿Quién, á andaluces, de esa fría religión sin culto, que nada dice á los sentidos, cuya base es la rebelión del individuo, y la deificación del personalismo?

No: ningún Gobierno debe ni puede desentenderse de este hecho, y ántes ligarle, teniendo en cuenta, con la propaganda que acaba de indultarse en Granada, con otros no ménos significativos.—El primero es el de la complicidad, que allí, en Sevilla y en otros puntos se ha observado en algunos maestros de escuela, á los cuales se han encontrado no solo Biblias, sino á alguno de ellos hasta el diploma de ministro de aquella falsa iglesia. Vemos siempre perseverante el dualismo que se nota entre el espíritu socialista revolucionario y la perversión de la enseñanza. Escuela ha habido de diez años acá, en que, no contento el maestro con no enseñar á sus discípulos la idea de Dios, ha tratado de convencerles de que no había Dios!... y esto se inculcaba con afán y se procuraba conseguir!... Distancia hay ciertamente entre este maestro y el benemérito maestro de Ruzafa, que acaba de sucumbir en el derrumbamiento del techo de su escuela, por salvar á los inocentes puestos á su cuidado!

Mas al lado de este hecho debemos contraponer otro, no ménos significativo. En ningún punto en que resultaron comprometidos, lo fué ningún clérigo, y mucho ménos ningún párroco. Pues un Clero que sabe observar esta conducta política, y que cuando aparece el cólera, sabe morir, no solo auxiliando espiritualmente á los enfermos, como exige su ministerio, sino curándolos y medicinandolos por su mano, como pide la caridad; y muere á centenares; que abre sus puertas á los pobres, y con ellos parte cuanto tiene, en medio de tanta desolación, y cabalmente cuando se le debían catorce meses de su modestísima asignación, á

ese Clero no le acuseis de atrasado. Bien puede ponerse por modelo á los de todos países católicos, cismáticos y protestantes; bien claro dice á los Gobiernos dónde están sus auxiliares; á los pobres, quiénes son sus amigos, que no les desamparan en el día de la prueba; á los ricos, adónde pueden hallar sus valedores. Esto es preciso decirlo muy alto para que lo sepa el mundo; y en cuanto á ellos, contentos con lo que les dice su Divino Maestro y Modelo, «Ama y haz lo que quieras,» también pueden recoger como galardón esta divina promesa: «¡Bienaventurado el que entiendo sobre el pobre y el necesitado: en el día malo le librará el Señor!» Y, cierto, sólo Dios, que es caridad, es poderoso á pagar—y la paga consigo mismo—á la caridad (1).

Pero concluyamos este párrafo.

No dude ya nadie,—que no quiera por esta duda voluntaria implicarse en el propio delito—no dude ya nadie, después de lo dicho, cuáles eran el carácter y las tendencias de la sublevación de Loja.

VIII.

Preguntábamos ántes qué había hecho el Gobierno de entónces para reparar el daño de estos sucesos, para evitar su repetición. Y esto nos conduce naturalmente al mejor y único aspecto, algun tanto consolador, de nuestro asunto: á indicar de paso qué es lo que muchos creemos que se debe y puede hacer.

Después de la represión instantánea y del castigo, en el acto de la resistencia ó el de la lucha, nosotros hubiéramos oído las inspiraciones de la clemencia, ó más bien, las hubiéramos solicitado de los labios de la Reina, siempre pronta á perdonar. Es más: hubiéramos deseado y procurado que la palabra de perdón hubiese brotado de sus labios augustos, y de ellos mismos hubiera podido recogerse, y para ello, á ser posible, hubiéramos procurado llevarla á Antequera, á Archidona y á Loja.

Singular coincidencia! También este pensamiento ocurrió al fin, aunque tardía y lentamente,—siempre á remolque!—al Gobierno del Duque de Tetuan, no por propia y espontánea inspiración, sino por sugestión nacida de muy diverso origen, ó con objeto harto distinto, aunque no neguemos que sea español y patriótico. No adolecemos muchos del achaque de negar la fortuna, ni de regatear á nadie la alabanza: á la Reina precedió la amnistía, y nunca es tarde para inaugurar una era de perdón. Mas no debió llevarse á la Reina solamente en triunfo, ni de corrida, sin que hiciese en los pueblos más importantes y enconados, otra cosa que mudar tiros. Oh! eso era ciertamente malograr un gran pensamiento! Los Ministros debieron aconsejar á S. M. que, pues

(1) En 1833, cuando el cólera estalló por primera vez en Sevilla, los Sacerdotes iban á porfía á Triana, cuando se negaban á acudir hasta los sepultureros. En 1834, al propio tiempo que eran horrible y villanamente asesinados en Madrid, Barcelona y otros puntos, asistían heroicamente á los apestados. Lo propio han hecho en época más reciente. Solo en la diócesis de Pamplona sucumbieron en el último cólera más de ochenta Sacerdotes; lo propio en la de Salamanca y otras de que tenemos noticia; en la de Santander pasaron de sesenta; y en esta fuimos testigos presenciales, en 1854, del rasgo de caritativo desprendimiento de que hacemos mérito en el artículo.

por todas partes pasa sembrando beneficios, allí tuviese á bien sondear por sí propia la extension del delito ó del yerro, para vencerle en su última trinchera, y arrancar á los odios su veneno. Y que esto era, no solo posible, sino hasta fácil, hemos de verlo en las consideraciones que nos restan que exponer.

FERMIN DE LA PUENTE Y APEZECHEA.

GEOLOGIA.

REFLEXIONES SOBRE LOS PROCESOS ÚLTIMOS DE LA CIENCIA.

M. Figuier ha publicado un libro, LA TIERRA ANTES DEL DILUVIO, más á propósito para la instruccion y recreo de la juventud que las novelas, dramas y cuentos de brujas.

La lectura de este interesante resumen de los conocimientos geológicos nos ha sugerido varias reflexiones acerca de los progresos ulteriores de la ciencia, de las cuales, aunque casi profanos, tenemos la osadía de presentar un ligero extracto.

La Geologia, ó ciencia de la tierra, consta de dos partes: la Geognosia, ó conocimiento de la naturaleza y modo de estar ó yacimiento de las rocas, con cuyos datos averigua las leyes á que están sometidas, valiéndose primero de la analogía y despues de la induccion; y la Geogonia, que se eleva hipotéticamente al descubrimiento de las fuerzas que dieron origen á las leyes reconocidas por la Geognosia. Es el mismo camino que siguieron Kepler y Newton para descubrir las curvas planetarias y las fuerzas centrales.

En el orden de las investigaciones la Geognosia debe preceder á la Geogonia; pero M. Figuier, escribiendo una obra didáctica, ha preferido la síntesis, dando desde luego por supuesto que la tierra fué un sol; que á causa de sucesivo enfriamiento se fué cubriendo de agua; que impelida la materia de abajo arriba por el fuego central, se formaron cordilleras, tambien sucesivamente, que alteraron la estructura, composicion y yacimiento de las rocas sedimentadas en el fondo de los mares, y sobre cuyos flancos se asentaron las que vinieron despues.

Las observaciones geognósticas y las leyes deducidas de ellas hacen plausible esta hipótesis; porque se ha visto, entre otras cosas, que hay grandes diferencias en la composicion y yacimiento de los grupos de rocas, y tambien que cada uno de ellos tiene sus análogos hasta en regiones muy apartadas. Esta consideracion ha hecho atribuir el mismo origen, y asignar por analogía la misma edad relativa á todos los grupos semejantes reconocidos, y por induccion, á los desconocidos. Establecida la ley, ha venido la Geogonia á revelar las fuerzas, ya plutónicas, ya neptunianas, ya mixtas, á que debe su origen cada uno de esos grupos, los cuales, clasificados, sirven de horizonte al observador en sus investigaciones geológicas.

Pero hay la desgracia de que ese horizonte va desapareciendo á medida que las observaciones recaen sobre subdivisiones más y más limitadas de los grandes grupos, porque en ellas suelen llegar á confundirse las edades relativas de dos formaciones limítrofes, á causa de que las transiciones llegan á ser insensibles, y de que los géneros, y

aun las especies fósiles, no suelen estar contenidos exclusivamente dentro de los verdaderos límites de una formacion. Es, sin embargo, el reconocimiento de las leyes de composicion de estos pequeños grupos, y de yacimiento de sus rocas, lo que más interesa en la Geognosia aplicada.

Si, como decia Laplace, la curva descrita por el átomo ligero que parece arrebatado por el viento á la ventura, está sujeta á leyes tan fijas como las órbitas de los planetas, ¿qué razon habrá para que la composicion y el yacimiento de las rocas y formaciones de un corto terreno que aparece á primera vista confuso y desordenado, no estén sujetos á leyes tan fijas como las que rigen á las grandes masas?

La afirmacion no es dudosa; porque un autor tan sábio como el de la naturaleza, nada abandona al azar; y por lo mismo parece que el estudio de la Geologia debiera ya fijarse en la composicion y yacimientos relativos de las rocas y formaciones pequeñas, multiplicando al efecto las monografías geognósticas y los detallados cortes estratigráficos. La comparacion de sus resultados conducirá al descubrimiento de las analogías, y de este, por induccion, al de las leyes de composicion y yacimiento, que es lo más importante en la aplicacion característica del presente siglo.

Vamos á presentar para esclarecimiento algunos casos, sin la pretension de establecerlos más que como presuntos.

COMPOSICION DE LOS TERRENOS DE SEDIMENTO.

ROCAS ESENCIALES.

Desde la época de transicion hasta la terciaria inclusive, siempre aparecen en la descripcion de los terrenos de monsieur Figuier el cuarzo, la arcilla y la cal carbonatada como rocas esenciales y dominantes. Las demás pueden ser consideradas, atendida la inconstancia con que aparecen, como accidentales.

Ahora bien: si las monografías y cortes estratigráficos dieren por resultado la presencia constante de alguna ó algunas de esas rocas en toda subdivision de los terrenos de sedimento, y si á ese resultado se agrega que lo mismo se verifica hoy respecto de los sedimentos que se forman en los fondos de los rios y los lagos, podrá llegarse á consignar como ley, que los terrenos de sedimento están esencialmente compuestos de rocas silíceas, arcillosas y calizas, salvo la ausencia de alguna ó algunas de ellas en casos determinados, porque se concibe la ausencia por haber faltado roca preexistente que le diese origen, ó por denudacion.

YACIMIENTO RELATIVO DE LAS ROCAS Y FORMACIONES DE SEDIMENTO.

Suponiendo conocida la ley de composicion de los terrenos de sedimento, hay que investigar la del yacimiento ó situacion relativa de las rocas entre sí, y los límites que separan una formacion de otra.

M. Figuier no ha entrado en la designacion del lugar relativo que las tres rocas ocupan entre sí; cosa, sin embargo, muy importante para poder marcar despues los límites de las formaciones contenidas dentro de un terreno.

Volviendo á los sedimentos formados por los rios, fenómenos que se verifican á nuestra vista, observamos que

las rocas cuarzosas son las primeras que quedan depositadas despues del arrastre; caen sobre ellas las arcillosas que, por ir suspensas en las aguas, tardan más tiempo en posarse; y por último, las calizas, que estando disueltas, tardan aún más en precipitarse.

Esta colocacion no se verifica por medio de una separacion completa de los tres minerales, sinó por transiciones deunos á otros, mediante, ya combinacion, ya mezcla mecánica de las masas, ya alternativa de capa, ya las tres cosas á la vez. Por la combinacion pasan las calizas á margas; por la mezcla, los cuarzós, á conglomerados de fragmentos unidos por un cemento arcilloso, y por la alternativa se estratifican las masas.

Supongamos ahora que la observacion haga ver con frecuencia que el gran desarrollo de la roca en que domina la cal, se realiza en la parte superior de los terrenos de sedimento, que sigue la en que domina la arcilla, y que la inferior es la en que domina la sílice. Este orden podrá en tal caso consignarse como ley; y hallada esta, quedarán resueltas las dos cuestiones, que se refieren, una á las rocas que entran esencialmente en la composicion de una formacion, y otra al lugar relativo que cada una ocupa en ella; y como consecuencia, señalado el limite inferior de una formacion, que es la roca cuarzosa cuando está desarrollada.

Esto no es decir que el limite inferior de una formacion dada sea siempre la roca cuarzosa, porque accidentalmente puede no existir, segun se ha dicho ya; sino que cuando existe, no puede haber debajo de ella desarrollo calizo ni arcilloso de la misma formacion, puesto que la roca silíceosa es el término más antiguo de la série.

Debemos hacer aquí la observacion de que acontece con frecuencia que debajo de la roca silíceosa, ó la que sirva de limite inferior de una formacion, suele haber conglomerados de fragmentos de rocas preexistentes, y en tal caso estos son naturalmente la base de la formacion que está encima.

Dejando aparte estos conglomerados, las combinaciones que admite la colocacion de las rocas en una formacion, son, representando por 0 la falta de una roca, por 1 la caliza, por 2 la arcillosa y por 3 la silíceosa

1	1	1	1	0	0	0
2	2	0	0	2	2	0
3	0	3	0	3	0	3

Á los medios para distinguir una formacion de otra, fundados en las dos leyes de composicion de las formaciones y yacimiento de las rocas, pueden añadirse como auxiliares las especies fósiles y la discordancia de estratificacion por pequeña que sea.

Nos parece, por último, muy conveniente la indagacion de las leyes que presiden al yacimiento de las sustancias contenidas accidentalmente en las rocas de una formacion y que las reemplazan en algunas circunstancias; porque puede acontecer que sales más ó menos solubles, como el carbonato de sosa, sulfato de cal, cloruro de sodio, etc., prefieran asociarse á la roca arcillosa ú ocupar su lugar, á confundirse con las cuarzosas y calizas ó ser sus equivalentes.

Todo esto no pasa de presunciones, que los hombres de ciencia apreciarán en lo que valgan.

C. BORDU.

FILOSOFIA KRAUSSISTA.

SU MÉTODO.—PUNTO DE PARTIDA.

ARTÍCULO 2.º

Nada hay tan ponderado en el sistema de Krausse, como su admirable método. Su manera de proceder en la investigacion de la verdad, su forma filosófica es generalmente considerada como un método severo, profundamente lógico, como el método por excelencia.

Las promesas, en esta como en todas partes, no escasean. Cómo son cumplidas, es lo que únicamente nos importa averiguar.

Hemos dicho que en vez de pintar con nuestras reflexiones el kraussismo, nos proponemos describirlo con sus propias palabras y sus mismas doctrinas. Creemos que nuestras promesas serán perfectamente realizadas.—Empecemos.

Con frecuencia nos equivocamos, tanto en las cosas que se refieren á nosotros mismos como en las que atañen al mundo exterior. *La conciencia de esta dificultad* es lo que ha obligado á los filósofos á buscar un primer principio, superior á la oposicion del sujeto y el objeto del pensamiento, y libre por lo tanto de toda clase de objeciones. El escepticismo ha dispensado á la filosofía el inmenso favor de obligarla á consolidar su base, y abstenerse de toda afirmacion antes de haber encontrado un punto de partida inatacable.

Dos cosas hallamos en este párrafo fielmente traducido de *La ciencia del alma*, obra de Tiberghien, publicada en 1862, página 196:

1.ª Que las antiguas filosofías no nos libraban de incurrir en numerosos y trascendentales errores.

2.ª Que el escepticismo, producto de las disputas filosóficas, ha demostrado á la humana ciencia cuán necesario es hallar un punto de partida, base lógica de todos nuestros racionamientos, que sea de todo punto inatacable.

En esto nada nuevo nos dice el sistema de Krausse. El célebre principio de contradiccion tan conocido en la antigua filosofía peripatética, el no menos ponderado entimema de Descartes, prueban con demostracion de hechos, como un argumento que por nadie puede recusarse, que 2,300 años antes de Krausse, ya los filósofos conocian el mal que él deplora, y procuraban encontrar un sólido fundamento para el grandioso edificio de la filosofía.

Los aristotélicos decian: «Lo que es real, es real; lo que no es real, no tiene existencia, no es nada; lo que no es nada, no puede ser al mismo tiempo alguna cosa ó tener alguna especie de realidad. Imposible es, decian, que una cosa sea y no sea al mismo tiempo.»

Descartes expresaba la propia idea, sentaba el mismo principio con palabras diferentes. Segun este célebre reformador de la filosofía, el método científico podia girar sobre dos polos intelectuales que, como los del globo terráqueo, jamás podrán desaparecer sin que con ellos desaparezca el planeta que sustentan.

1.º «Podemos afirmar con entera certidumbre todo lo que vemos clara y distintamente en la idea que de ello formamos en nuestra alma.»

Vemos clara y distintamente la imagen del sol en nuestra alma, y por lo mismo podemos con toda certidumbre afirmar la existencia real del centro de nuestro sistema planetario tal cual lo imaginamos, derramando torrentes de luz en la inmensidad del espacio.—Clara y distintamente vemos en nuestra alma la existencia de hombres que piensan y sienten como

nosotros, y de un mundo exterior en el cual vivimos y viven millones, centenares de millones de hombres, con naturaleza y facultades enteramente iguales á las nuestras. Podemos, pues, afirmar con entera certidumbre la existencia real de la tierra y de los hombres que la habitan.

Se dirá sin embargo: «Descartes ve en su alma, en la idea que tiene en su alma, no el mundo, sino la imagen del mundo.» Pero ¿quién puede afirmar que á esa imagen subjetiva, puramente interior, corresponde un objeto, un ser exterior, de igual indole y propiedades, con los propios caracteres que en la idea, en el fondo del alma, se representan?

Esta pregunta, formulada en castellano claro, renunciando á todo nebuloso aparato, prescindiendo de términos llamados por su misma oscuridad filosóficos, equivale á esta otra: Yo tengo en mi alma la idea, la imagen del Capitolio que vi en 1859. ¿Podré afirmar que existe ese Capitolio, cuya imagen conservo en mi espíritu, cuyo recuerdo no me es posible borrar, cuya negacion, cuya no existencia, por más que en ello me empeñe, nunca puedo hallar en mi alma?

Tengo idea de que existen otros hombres como yo.

Descartes observa el hecho, se fija en esta idea, y exclama: «Lo que se ve con claridad es cierto. La nada no es cierta, no es real, y nunca puede ser vista con distincion ni claridad. Lo contradictorio no se pinta jamás con claridad en el alma. Lo oscuro, lo confuso, lo probable, lo dudoso, nunca se describen con distincion y claridad en nuestra conciencia. Luego lo contradictorio, lo oscuro, lo confuso, lo probable, lo que es objeto de duda, nunca puede afirmarse con absoluta certidumbre.»

Krausse, despreciando esta observacion universal y constante, esta ley absoluta de nuestro espíritu, impugnando el sistema filosófico de Descartes, dice: «Yo no puedo afirmar la existencia real de las cosas que con toda claridad y distincion veo retratadas en mi alma. Yo no puedo afirmar la existencia de otros hombres, ni del mundo, ni del espíritu, ni de la naturaleza, ni de nada que exista, que considere como existiendo fuera de mí, fuera de mi *yo*, fuera de la conciencia vaga é indeterminada de mi *yo*, del hecho primitivo de mi espíritu.»

Krausse no puede ni aun afirmar la existencia real del libro que, por medio de objetos exteriores, desde lo más hondo de su alma, ha trasladado á la superficie de sus manos. ¡Hé aquí un gran progreso debido al método kraussista!

2.^o La máxima de Descartes que en segundo lugar debe ser colocada, es la siguiente: «Yo pienso; luego existo.»—Es decir: veo con claridad que pienso: luego puedo afirmar con certidumbre que existo. Lo que no existe no hace nada.

Esta máxima profundamente filosófica es, en el orden subjetivo, base universal é indestructible de todos nuestros conocimientos.

Yo pienso; luego existo.

Los objetos exteriores influyen en mi espíritu; luego también tienen existencia propia.

En el universo hay seres que me afectan sin manifestarme lo que en su interior acontece, y otros seres que me afectan, que me hablan, que me manifiestan lo que ocurre en lo más oculto de su alma, que piensan, sienten y quieren como yo. Luego en la naturaleza hay dos clases de seres enteramente diversos: unos que raciocinan como yo, y son como yo racionales; otros que no hacen uso de su razon, que no reflejan en su semblante la imagen de Dios, que no son, y por lo mismo nunca podrán ser colocados en la categoría de los entes que han recibido la razon y la inteligencia, destellos divinos que sobre la frente de la humanidad cayeran desde el cielo.

Yo estudio la existencia de este hombre, y en él encuentro grandes necesidades, inmensos vacíos, cuya satisfaccion no se encuentra en las facultades del hombre. Yo no veo eternidad en la vida, omnipotencia en las fuerzas, infinita sabiduría en el entendimiento de los seres racionales; luego necesito levantar mi alma á otro orden de ideas, á buscar fuera de todo lo limitado lo infinito que siento en mi espíritu, lo eterno que concibo en mi alma, lo perfectamente bueno y absolutamente bello, cuya

inextinguible necesidad me revela el corazón. Yo tengo en mi alma la idea de Dios: luego Dios existe.

Hé aquí cómo, sin apartarse en nada de su admirable método, gran principio científico, de su verdadero punto de partida, se encuentra á sí mismo, encuentra su *yo* y lo comprende; ve á otros hombres, á otros espíritus, y los explica; observa el universo, y halla la razon de su existencia; contempla la omnipotencia de Dios en su conciencia, y vuela, y traspasa las nubes buscando en alas de la fé al Ser omnipotente, que solo puede tener digna morada en el cielo.

Ahora nos es indispensable poner en parangon con este, el punto de partida que nos proponen los kraussistas.

¿Existe un punto de partida, una verdad primera, que nos dé entrada con absoluta seguridad en la ciencia? Y si existe, si es posible, ¿qué condiciones debe tener este fundamento lógico de la humana ciencia? Si es posible, debe reunir estas tres condiciones:

1.^a Debe ser *verdadero y cierto*.—*Verdadero*, porque de otro modo nunca nos conduciría á la verdad. En el orden científico, en el orden lógico, lo falso es el vacío, es la nada; y por el vacío, por la nada, el hombre no puede dar nunca un paso, sin sepultarse en insondables abismos.—*Cierto*, porque ha de darnos entrada en la ciencia, y la ciencia rechaza todo lo que es dudoso ó hipotético.

2.^a Debe ser *universal*, puesto que necesariamente ha de ser admitido por todos los hombres que buscan la ciencia, sin excluir los escépticos.

3.^a Debe ser *inmediata y directamente cierto*; es decir, no puede ser conocido por ningun otro medio que exista entre él y nuestra conciencia. Debe brotar espontáneamente del alma, del *yo*. No puede mantenerse ni vivir un solo instante fuera del *yo*. Es *immanente*; no es, no puede, por necesidad metafísica, ser *trascendental*, ó colocarse en algun modo fuera del *yo*.

El punto de partida es, pues, una verdad inmediatamente cierta para todos. Su objeto es el *yo*, el *yo solo*, con exclusion del *no yo*. (P. 196.)

Si el punto de partida consistiese en una verdad trascendental, cuyo objeto se hallara fuera de nosotros mismos, sería, únicamente podría ser, en la afirmacion del mundo exterior, de otros espíritus ó del mismo Dios.—Ninguna de estas hipótesis puede ser admitida.

Y ¿por qué? Veamos qué razones tienen los kraussistas para no fijar el punto de partida de nuestros conocimientos en las afirmaciones del mundo, de los hombres, ni aun de Dios.

La afirmacion del mundo exterior, de la naturaleza, no es *inmediata*, porque solo nos es conocida *por medio de los sentidos*. (Obra citada, pág. 198.)

Y ¿quién puede afirmar, encerrándose en el método kraussista, admitiendo el principio de las intuiciones intelectuales, negadas por Kant, que la naturaleza no puede ser conocida por intuicion intelectual? Si segun Krausse, nunca podemos afirmar con certeza lo que llega á nuestra alma por medio de los sentidos, ¿cómo afirman los kraussistas que únicamente por medio de los sentidos nos es conocido el mundo exterior?

¿Admitis las intuiciones intelectuales? ¿Admitis conocimientos de cosas que no han sido comunicadas al alma por el intermedio del órgano material, del instrumento orgánico que llamamos cuerpo? Entonces, ¿cómo afirmáis que solo por medio de los sentidos, que nunca por intuiciones intelectuales puede sernos conocida la naturaleza? Si cuando admitis la entidad espíritu, el espíritu total *uno y entero*; la entidad naturaleza, el cuerpo *uno y entero*; la persona universal, la entidad humanidad, la humanidad *una y entera*; si, en fin, para encerrar en monstruosa confusion el mundo entero, moral, espiritual y materialmente considerado, siendo cosas que no están en la conciencia, que son evidentemente exteriores, negais el testimonio de los sentidos que rechaza esta confusion, ¿por qué para rechazar, para poner en duda la existencia del mundo exterior, como punto de partida científico, decís que solo por los sentidos, que de una manera *mediata* puede únicamente sernos conocida?

¿Qué es la naturaleza?—Todo lo exterior, en el orden sensible, á nuestro espíritu.

¿Qué es el mundo material?—Lo mismo, exactamente lo mismo.

¿Por qué, pues, admitís la intuición intelectual para conocer inmediatamente la naturaleza, que es el mundo, y no la admitís para conocer el mundo, que es la naturaleza? Salvad si podéis la contradicción.

El mundo, la existencia de la naturaleza, decís que no es *universal*, porque se han conocido idealistas que la han puesto en duda; ni una verdad cierta, porque hay escépticos, según los cuales, acerca de ella nada podemos afirmar con absoluta certidumbre. (Pág. 198.)

Y si se objeta que negar la existencia del mundo físico es oponerse abiertamente al testimonio del sentido común, los kraussistas, con imperturbabilidad asombrosa, contestarán, sin probarlo, por supuesto, que el sentido común no tiene derecho para mezclarse en las atribuciones de la ciencia. (Pág. 198.)

Tenemos, pues, que según los principios de Krausse, la existencia del mundo real no es una verdad indudable, universal é inmediata. Solo el admitir la posibilidad de esta duda, de la no existencia de la naturaleza, es abrir un insensible abismo en las puertas de la filosofía; es mostrar la anarquía como medio, y el caos cual término único de todas nuestras esperanzas, de todos los esfuerzos de la razón del hombre.

Pero ya que los kraussistas niegan la certidumbre á la existencia del mundo exterior, veamos si son igualmente despreciados con la existencia de los espíritus.

La afirmación, dice Tiberghien, del mundo espiritual, aun es menos inmediata y menos directa que la del mundo material. Los seres racionales se nos manifiestan únicamente por signos que afectan nuestros sentidos. Todas las dudas relativas al mundo exterior, pueden igualmente suscitarse en el mundo de las inteligencias. ¿Ni aun podemos afirmar con certeza que además de nosotros existen otros hombres en el mundo!...

¿Son los hombres tales como se nos figuran? ¿Hay en realidad espíritus inteligentes? Á estas preguntas responden de muy diversa manera los filósofos: unos niegan, los materialistas; afirman otros, los dogmáticos; y se encierran no pocos, los escépticos, en los límites de la duda. (Pág. 198.)

Este es sin duda un descubrimiento de funestísimos resultados para la ciencia. La filosofía respira el ambiente de los espíritus, y en nombre de la misma filosofía, Krausse decreta su muerte, el suicidio universal; la condena á morir asfixiada, negando, ó disminuyendo al menos, el aire único que para la conservación de su vida puede aspirar.

Dios tampoco puede ser la verdad lógica, el punto de partida para la ciencia. ¿Por qué?—Oigamos nuevamente á los kraussistas.

Dios es objeto de una intuición intelectual y directa; pero el espíritu no puede llegar repentinamente y sin preparación hasta la presencia de Dios. Para resolver con plena conciencia la cuestión relativa á la existencia de Dios, es necesario estar en posesión de *todos los elementos racionales del conocimiento*, y principalmente de las ideas del ser, la esencia, la existencia, el infinito y lo absoluto. (Pág. 199.)

Esto, pura y simplemente quiere decir que la existencia de Dios no puede ser demostrada partiendo de lo contingente á lo necesario, del efecto á la causa; del hombre, del universo, seres esencialmente limitados, á Dios, esencial y necesariamente infinito en su ser y en todos sus atributos.

Esto quiere decir que la existencia del padre no puede ser demostrada con la existencia del hijo; que entre el efecto y la causa no hay relación necesaria; que, por último, de la causa puede descenderse hasta el efecto, pero nunca subir desde el efecto hasta la causa.

Esto, además, envuelve otra teoría, por cierto bastante peregrina. Todo hombre que no conozca con profundidad una ciencia, no puede afirmar nada de lo que con la ciencia que bien no conoce, directa ó indirectamente se halla enlazado. El que

no sea consumado astrónomo, nunca podrá decir que del sol procede la luz que nos ilumina durante el día, ó que el viento agitando las aguas movía los buques antes de que fuese aplicado el vapor á la navegación. No necesitamos refutar este absurdo principio. No sería este tampoco el lugar oportuno. Bástanos consignar aquí las absurdas y perniciosas consecuencias que de estas teorías acerca de la demostración se desprenden.

Por otra parte, vuelven á usar de la palabra los kraussistas: «La existencia de Dios, no es *universalmente admitida*, porque hay ateos que la niegan; ni *cierta*, porque no han faltado filósofos que la consideren como problemática.» (Pág. 199.)

Si pues ni el mundo, ni los hombres, ni Dios pueden ser admitidos como una verdad *inmediata, cierta y universal*, ¿dónde, en qué verdad *inmediata, cierta y universal*, fijaremos el punto de partida? Aunque la cuestión parezca intrincada, los kraussistas la resuelven con pasmosa facilidad.

Necesitamos escuchar, leer sus mismas palabras, para conocer y apreciar en lo justo todo el valor de su sistema.

«El punto de partida, dicen, es el *yo*, el hecho primitivo de la conciencia.» (Pág. 202.)

¿Y cuál es este hecho? ¿Dónde se halla esta verdad más cierta, más universalmente admitida, que la existencia de Dios, la del mundo de los espíritus y el mundo de la materia?—Lo veremos en seguida.

«La conciencia tiene por objeto el *yo indeterminado*, ó una de sus manifestaciones. El pensamiento *indeterminado* del *yo* es el hecho primitivo; precede á todo otro pensamiento relativo al *yo*, y es la primera *manifestación* de la conciencia, tanto en el orden lógico, como en el cronológico.» (Pág. 202.)

«El pensamiento *yo* es un pensamiento indeterminado, porque tiene por objeto el *yo* todo entero, sin designación ni exclusión de ninguna propiedad particular.» (Pág. 203.)

«Cuando digo que el *yo* es *ser*, es *uno*, es *pensante*, que el *yo* *existe*, entonces lo analizo ó determino, y solo puedo manifestarlo en forma de juicio. Cuando, por el contrario, afirmo simplemente el *yo*, no hago comparación ni abstracción; no juzgo, no poseo más que la noción ó intuición de un objeto que afirmo en general, pero del cual nada digo en particular.» (Página 203.)

¿Qué principio, qué punto de partida para la ciencia! ¿En el mismo origen de la luz se vierten á torrentes las tinieblas! El *yo* no puede ser estudiado, no puede ser examinado, no podemos averiguar si es uno, si piensa, si existe, porque en el instante mismo que nos fijemos, que conozcamos algunas de las propiedades esenciales del *yo*, el *yo* deja de ser indeterminado, es conocido, y por el hecho mismo de dar albergue á la luz en su corazón, deja de ser útil, de ser luminoso, de ser el sol de la inteligencia. Esto es querer alumbrar un salón con lámparas apagadas. Esto es pedir para el origen lógico de la ciencia lo que el conde de Maistre pedía para el origen de los poderes políticos: que ocultasen su cabeza como el Nilo en las densas tinieblas que coronan las crestas de los montes.

El *yo* indeterminado pudiera ponerse en parangón con la *materia prima* de los antiguos escolásticos. Estaba en todas partes y no se veía en ninguna. No tenía ninguna propiedad, y era sujeto de todas las propiedades. — *Neque quid, neque quale, neque quantum, sed est aliquid ex quo colligitur totum.*

Después de encerrarse en la *materia prima*, solo falta al método kraussista engalanarse con las *cualidades ocultas*, tan célebres, tan en moda hace quinientos años.

Pero no siempre han de elevarse los kraussistas á montañas de tinieblas, ó hablarnos como oráculos desde el corazón de las nubes. Alguna vez, como hombres, se dignan hablarnos en lenguaje humano. Hé aquí la prueba. Es un ejemplo aducido para demostrar, esclareciendo, la doctrina anterior: «Del mismo modo conocemos la luz antes de saber cuáles son sus propiedades y divisiones, que conocemos el *yo* antes de conocer qué es, cómo obra y cuáles son sus propiedades.» (Pág. 203.)

Es decir, nosotros vemos al *yo* sin verlo; lo conocemos sin

conocerlo; lo afirmamos sin afirmarlo; sin afirmar que existe, que es uno, que siente, que quiere, que piensa. Si esto no es vivir en plena *cualidad oculta*, confesamos ingenuamente que es vivir en cualquier parte, menos donde haya luz y verdad.

La conciencia del *yo* es anterior á la conciencia de las propiedades del *yo*.

«El pensamiento *yo*, como pensamiento indeterminado de la conciencia, es anterior á todo pensamiento *indeterminado*, relativo al *yo*.» (Pág. 215.)

Hé aquí el punto de partida, el hecho primitivo de la conciencia, la primera verdad en el orden lógico y cronológico, según Krausse.

Es cierta, porque la duda solo puede basarse en la discordancia entre el sugeto y el objeto del pensamiento. (Pág. 217.)

Es universal, porque aunque todo el mundo puede negar al hombre, á Dios y aun al mismo mundo, nadie puede negar el *yo* indeterminado de la conciencia.

El *yo*, en fin, es verdad inmediata, porque nada hay entre el *yo* y el *yo*. (Pág. 219.)

¿Y cómo se demuestra que el *yo* es tal cual se nos figura? ¿Es una realidad? ¿Es una ilusión? ¿Es siempre idéntico? ¿No se rompe nunca el lazo de continuidad en su existencia? ¿Pienso quizá que pienso sin tener verdadera conciencia de mi pensamiento?

Todas estas cuestiones, tan propias de la filosofía kraussista, pasan completamente por alto, como de contrabando, en este sistema de teorías estériles, de problemas inútiles, de doctrinas, mejor dicho, de farrago inmenso de palabras incomprensibles. Y sin embargo, este es el gran punto de partida desde el cual, con su omnipotente palanca, con su inteligencia, Krausse ha querido mover el mundo. Arquímedes no tuvo la fortuna de hallar este gran punto. Krausse ha sido más afortunado que Arquímedes. ¡O felicitas!

MIGUEL SANCHEZ.

HISTORIA MILITAR (1).

SEGUNDA CAMPAÑA DE SOULT EN ESPAÑA.

(Continuación.)

Al amanecer del 27, marchando ya Soult hacia Zubiri, recibió la noticia de que el conde de Erlon, á pesar de haber alcanzado una victoria sobre los aliados, no había pasado de Maya, faltándole por consiguiente más de una jornada para llegar al puerto de Velate, sin contar con la resistencia que pudieran oponerle las fuerzas del general Hill reconcentradas en Irurita. Aunque contrariado por esta nueva, y privado de un cuerpo cuya reunion esperaba antes de llegar á Pamplona, continuó su camino tomando desde Zubiri la dirección del Arga, cuya margen izquierda seguía Reille, mientras que Clausel por la derecha faldeaba las escarpadas vertientes de su cuenca. Su objeto era penetrar en los llanos de Pamplona, inmediatamente después que Picton, á fin de no permitirle organizar nueva defensa, y por esta razón no vaciló en perseguirle activamente en vez de esperar á Erlon ó ir en su busca, resolución que hubiera tenido además el inconveniente de que, descubierto el plan de operaciones, reforzase Wellington las tropas destinadas al bloqueo de aquella plaza.

Para formarnos una idea exacta de la marcha general de los sucesos, es ya tiempo de que demos cuenta de lo ocurrido en

estos días en el centro é izquierda del ejército, dejando en este punto las operaciones de los dos cuerpos que marchaban á las inmediatas órdenes de Soult.

El conde de Erlon penetró en España con igual fortuna que aquel por los anchurosos pasos del lado de Urdax y por el portillo de Ispégui, acercándose hasta el alto de Otsondo sin ser apercibido de las fuerzas anglo-portuguesas que ocupaban este punto importante y que se hallaban entregadas á una imprudente confianza. El general Stewart á cuyo cuerpo pertenecían, que estaba en Elizondo, llegó cuando sus sorprendidas tropas peleaban inútilmente por defender el puesto, y no pudiendo en tal situación organizar la defensa, se vió obligado á abandonar el campo. Á pesar de la oportuna cooperación de las brigadas Pringle y Walker, que acudieron progresivamente al lugar del combate, los aliados lo hubieran pasado mal á no auxiliarles una brigada de la sétima división inglesa, que mandada por el mayor general Barne, acometió con tal brio al enemigo, que no solo le hizo retroceder, sino que colocó el combate en mejores condiciones apoderándose de la izquierda del alto, y dando lugar á que las destrozadas fuerzas de Stewart se rehiciesen en las alturas de la espalda. Cuando el combate estaba todavía indeciso, recibieron los aliados la orden de retirarse á Elizondo é Irurita, orden dada por Hill, que temía ser envuelto por Soult, cuya marcha victoriosa sobre su flanco justificaba tales recelos. El general francés se contentó con apoderarse del pueblo de Maya y permaneció en él el día del combate y el siguiente esperando la artillería y repuestos que habían quedado atrasados por el mal estado de los caminos, debiendo á esta detención las fuerzas aliadas el poder replegarse con orden y el no sufrir todas las consecuencias de su imperdonable descuido.

Esta jornada costó á los anglo-portugueses mil bajas entre muertos y heridos, y cuatro piezas de artillería, siendo menos de la mitad la pérdida del enemigo, cuyo general no estuvo en esta ocasión á la altura de su nombre, ni justificó la omnimoda confianza que le dispensaba el mariscal Soult, puesto que no supo sacar partido de la victoria.

Wellington, engañado con los falsos preparativos que hacía Villatte para el paso del Vidasoa, y no creyendo que Soult avanzase por los estrechos valles que podían conducirle sobre la derecha del ejército aliado, no hizo caso alguno de los rumores que en los días anteriores habían circulado atribuyendo al general francés el proyecto de caer sobre este flanco, y solo salió de su error cuando en la noche del 25 al 26, marchando desde Hernani á San Sebastian, en cuya plaza había sido rechazado el prematuro asalto dado por las tropas de Graham, vinieron las noticias oficiales á revelarle la verdad de los hechos. Sin embargo, como estas eran atrasadas, no le daban á conocer la situación de Picton, ni el verdadero resultado del combate de Maya; pero comprendiendo en tal incertidumbre que era preciso no perder tiempo, comunicó órdenes al conde del Abisbal para que, levantando si era necesario el bloqueo de Pamplona, fuera en auxilio de aquel, á fin de que reunidos ambos pudieran replegarse á Guipúzcoa, evitando de este modo el ser cortados por el enemigo; mandó á Graham convertir en bloqueo el sitio de San Sebastian, hizo embarcar la artillería, y después de disponer que toda la caballería se dirigiese á los llanos de Pamplona para prestar auxilio á su derecha, marchó en persona hacia el Baztan.

El conde del Abisbal, que no estaba en la mejor armonía con Wellington, recibió sus órdenes contestando al portador de un modo poco satisfactorio. Desde antes de comunicárselas había concebido el proyecto de auxiliar á Picton bajo su responsabilidad, y con arreglo á él mandó levantar tiendas en la tarde del 26 á las dos divisiones de infantería de la reserva, dejando cubierto el bloqueo de la plaza con la segunda del cuarto ejército y los puestos ordinarios establecidos, y confiando el mando de él al general D. Carlos de España. Teniendo en cuenta que era arriesgado confiar á tan escasas fuerzas el bloqueo, encargó al teniente coronel D. Pedro Alcántara Musso,efe de día á la sazón, que los puestos avanzados afectasen ha-

(1) En nuestro primer artículo, por un error involuntario, dijimos que la comisión creada para escribir la guerra de la Independencia lo fué en 1821; esta fecha es la del tomo de Estados de fuerza que publicó, y ya anteriormente, en 1818, había salido á luz el único que existe sobre aquellos sucesos. En esta, como en cuantas ocasiones incurramos en equivocaciones parecidas, antepondremos á cualquier otra consideración la de que desaparezcan todas las inexactitudes.

cer su relevo ordinario, á fin de eugar al enemigo y ocultar el movimiento del ejército, que se efectuó durante las primeras horas de la noche, quedando establecida la primera brigada de la primera division en el alto de San Miguel, comprendido entre Villaba y Huarte, la segunda á su izquierda, en la embocadura del valle de Sorauren, y la segunda division acantonada en el último de dichos puntos.

Estos fueron los movimientos preliminares de la batalla de Sorauren, y antes de pasar á describirla vamos á dar una ligera idea del terreno en que tuvo lugar.

Al N. E. y á poco más de media legua de Pamplona véanse los pueblecillos de Villaba y Huarte, que simétricamente colocados al pié del *alto de San Miguel*, y bañados por el río Ulzama el primero y por el Arga el segundo, cierran las embocaduras de los valles de estos ríos, llamados en aquel punto de Sorauren y Esteriba.

Sirven de límite E. al valle de Esteriba una serie de montes que se extienden hasta Elcano, tomando los nombres de los pueblos que se hallan á su pié, y de los cuales el más inmediato á Huarte es el de Urbicain. Forma igualmente su límite O. y á la vez E. del de Sorauren un estribo del Pirineo, que partiendo del pico de Eusechi, en cuyas faldas se hallan por un lado el pueblo de Lanz, y por otro el de Zubiri, da origen en las inmediaciones y al N. E. de Sorauren al alto de Espicudia, y sigue á este el de Larzabal, que limitado por ambos ríos presenta una áspera vertiente por el lado del Arga, y otra más accesible por el del Ulzama. Este alto se halla separado del anterior por un profundo barranco que, algo elevado en su centro, conduce las aguas á los pueblos de Zabaldica y Sorauren, situados en las vertientes opuestas, y se une suavemente al *alto de San Miguel*.

Los dos estribos próximos y paralelos al que acabamos de describir, que estrechan las cuencas del Arga y el Lanz, son algo menos elevados; el primero termina en Elcano, como hemos dicho; y el segundo, después de bifurcarse en la confluencia del Lanz con el Ulzama, concluye poco más al S. de Sorauren, dejando un ancho valle entre él y el monte de San Cristóbal, por el que va un camino que conduce á Marcalain y Lizaso. Dicho monte, que se extiende de N. O. á S. E. desde los Berrios hasta Villaba, eleva su cima más de mil pies sobre la llanura, y forma en este punto el límite O. del valle de Sorauren. Todo este terreno estaba cruzado de sendas; pero eran pocos los caminos de herradura que ponían en comunicación los dos valles.

En la mañana del 27 emprendió las operaciones el ejército de reserva, fuerte de 12,000 hombres, marchando la primera division por el alto Larzabal, y la segunda por el valle de Esteriba.

La guarnición de Pamplona apercibió el movimiento de nuestras tropas entrado ya el día; y comprendiendo el gobernador, general Cassan, por los disparos que se oían hacia el camino de Zubiri, que se aproximaban las fuerzas que venían en su auxilio, ejecutó una salida, logrando arrollar al principio la brigada Aymerich; pero oportunamente socorrida por D. Carlos de España con la division de su mando, obligaron ambos á los franceses á encerrarse en los muros de la plaza después de sufrir pérdidas considerables.

Momentos después de haber salido de Huarte las tropas del ejército de Andalucía, encontraron la artillería y equipajes de las de Picton que, como ya hemos visto, marchaban en retirada por las orillas del Arga, vivamente hostilizadas por la vanguardia enemiga desde antes de llegar á Zabaldica. Inmediatamente se avistaron Picton y el conde del Abisbal, y trataron de ponerse de acuerdo sobre el plan de defensa que deberían adoptar; pero desde luego se manifestó divergencia de pareceres, opinando el primero por levantar el bloqueo de Pamplona y replegarse hacia Guipúzcoa, según las instrucciones del general en jefe, mientras que el conde quería presentar batalla en aquellas alturas. Originóse un serio altercado entre los dos generales, durante el cual la division española que marchaba por la falda del monte Larzabal, encontró la vanguardia francesa obligándola á detenerse después de haberse cruzado algu-

nos disparos. Apostóse el regimiento de Pravia en una altura situada delante de Arleta y frente á Zabaldica, que aunque de poca elevación, domina perfectamente el camino, y las demás fuerzas se extendieron por el valle y alturas de la derecha en actitud de aceptar el combate. Picton, que con gran parte de sus tropas había retrocedido hasta los llanos, comprendió la exposición en que quedaba el ejército español por la aventurada y hasta imprudente resolución del conde del Abisbal de oponerse á fuerzas tan superiores; y no queriendo cargar con la responsabilidad que pudiera caberle en un desastre, se decidió á volver sobre el campo, y colocó sus tropas en las alturas de la izquierda, rebasando nuestra línea.

El general español, que solo á favor de las ventajas que le proporcionaba el terreno pudo en los primeros momentos hacer retroceder al enemigo, dejó, tan pronto como conoció la resolución de Picton, los regimientos de Pravia y del Príncipe en la altura de que ya hemos hablado el primero, y en otra de más elevación, y á la espalda del anterior, al segundo, que le servía de reserva, y con el resto de sus fuerzas se replegó para formar la segunda línea en los altos inmediatos á Villaba y Huarte, desde donde podía atender al bloqueo de Pamplona, que era su principal encargo.

El apoyo de las tropas aliadas consistía principalmente en las posiciones ocupadas por los regimientos indicados, de las cuales la del de Pravia puede considerarse como la llave de aquella cuenca.

La vanguardia francesa se iba extendiendo por su derecha esperando la llegada del grueso del ejército, cuando apareció el mariscal Soult que se había adelantado al oír los primeros disparos. Á su consumada pericia no podía ocultarse la importancia de la colina ocupada por los españoles, y dió la orden para posesionarse de ella á toda costa, pero los esfuerzos de sus columnas se estrellaron contra las bayonetas del inmortal regimiento de Pravia, mandado por el bizarro coronel D. Francisco Moreda.

Era demasiado importante el punto atacado, para que por un golpe desgraciado abandonase Soult la idea de apoderarse de él; y como había ya llegado todo el ejército, dispuso que se repitiera el ataque con fuerzas considerables, mientras se establecían las demás en los altos de derecha é izquierda del valle, frente á la línea enemiga.

Los aliados ocuparon también sus posiciones y se dispusieron al combate.

Para que nuestra narración no carezca de unidad, es preciso que vayamos dando cuenta de todos los hechos coexistentes, abandonando para volver sobre ellos los que no podrían explicarse de otra manera. Dejemos, pues, á los dos ejércitos presentando la batalla, y ocupémonos de las disposiciones dadas por lord Wellington desde su salida de Hernani. No teniendo noticias exactas, ó más bien circunstanciadas, temió que el conde de Erlon maniobrara para envolver el flanco derecho de los ejércitos de Graham y el marqués de las Amarillas á fin de aislarlos de las fuerzas que operaban sobre Pamplona, por lo cual al pasar por Santestéban ordenó al general Pack que cubriese los pasos de Echalar y puentes del Vidasoa hasta Vera. Estos movimientos no se ejecutaron, porque el 26 llegó á Irurita el generalísimo, y enterado por Hill de lo ocurrido en Maya y Roncesvalles, comprendió que era preciso dirigir las fuerzas del Baztan hacia Pamplona y hacerlo de modo que quedase asegurada su reunión, para lo cual necesitaban pasar el Pirineo, puesto que Soult, fondeando desde Zubiri el monte Eusechi y ocupando el puerto de Velate, podía cortarles la retirada. Dispuso que la concentración se hiciera en el valle del Lanz, y para dar lugar á ella dió á Picton la orden de resistir en Zubiri y al conde del Abisbal la de no abandonar las embocaduras de los valles, ofreciéndole pronto auxilio.

Desde Irurita siguió Wellington su marcha hacia Pamplona, acompañado únicamente del intendente y un ayudante; y en Ostiz, donde encontró la caballería ligera de la division Longa, supo que Picton había continuado su retirada por las orillas

del Arga antes de recibir las órdenes en contrario. En el acto encargó al intendente que detuviese en el valle de Lanz las fuerzas del Baztan, se adelantó con su ayudante, y cerca de Sorauren divisó las tropas francesas que marchaban por los altos de Anchoriz y Espicudia, y poco después las portuguesas que ocupaban la ermita del Salvador, situada en la falda del monte Larzabal. Sin perder ni un momento envió á su ayudante para que transmitiese á Hill la orden de abandonar el valle de Lanz y dirigirse hacia Pamplona, no por el camino de Olagüe y Ostiz que se hallaría pronto interceptado por los franceses, sino por el de Lizaso y Marcálain, dándole á la vez el encargo de comunicarla á Pack y avisar á las fuerzas de Irun y San Sebastian á fin de que vigilasen el ejército de Villatte; atravesó solo el pueblo de Sorauren, amenazado ya por los franceses y subió al monte Larzabal. Su inesperada aparición fué acogida por el ejército con indecible júbilo que se manifestó por entusiastas demostraciones, justificadas plenamente con la presencia de un general á quien con razón otorgaba toda su confianza, y por que, aparte de que personalmente era ya una garantía de buen éxito, era de presumir que le siguieran refuerzos numerosos.

Las fuerzas aliadas se hallaban formadas en el orden siguiente: Picton en el valle de Esteribar y alturas de su derecha; sir Lovry Cole en el alto Larzabal con la brigada Bying en la cima del monte; Campbell en la ermita de San Salvador que domina el pueblo y valle de Sorauren; los regimientos Pravia y Principe en las alturas citadas, junto al pueblo de Arleta; el ejército de reserva de Andalucía en segunda línea, en el alto de San Miguel y pueblo de Oricain, vigilando el bloqueo de Pamplona y la cuenca del Ulzama; la división Morillo en el monte de San Cristóbal; y la caballería, á medida que iba llegando, se situaba en las inmediaciones de Gorraiz para defender el paso de las llanuras.

Los franceses habían extendido su línea desde Elcano hasta Sorauren, ocupando el cuerpo de ejército de Reille la parte comprendida entre el primero de estos pueblos y el de Zabaldua, y el de Clausel el resto de ella hasta el segundo, á media ladera del monte Espicudia. Cuando llegó lord Wellington, solo se hallaba empeñado el combate en la altura situada frente á Arleta, atacada á la sazón por fuerzas considerables; le pareció bien escogida la posición de las tropas, y sin variarla se limitó á enviar á dicha altura, como refuerzo, el regimiento británico núm. 40.

El de Pravia se cubrió de gloria en la defensa de esta posición; rechazó, auxiliado solo por el del Principe, á las numerosas columnas enemigas que la atacaron, causándoles grandes pérdidas, y las hizo desistir por aquel día de probar nuevamente fortuna. Estos dos bizarros regimientos recibieron de lord Wellington y el ejército todo, los elogios de que se hicieron dignos por su heroico comportamiento, y á ellos pertenecen sin duda alguna los honores de la jornada. Perdónesenos un arranque justo de orgullo patrio: los soldados que así se batián no eran los hijos de un pueblo degenerado, sino los descendientes de aquella valiente raza que luchó ocho siglos contra el poder musulmán y lo venció; que había luchado antes con el mayor de la tierra, triunfando repetidas veces de las legiones romanas; del pueblo, en fin, que paseó su victoriosa bandera por el antiguo y nuevo mundo. ¡Ah! digan en buena hora los ingleses que España abandonada á sus fuerzas, hubiera por de pronto sucumbido á la pesadumbre de la que la oprimía; que hubiéramos sido vencidos, sea; pero no nos digan que los franceses hubieran poseído pacíficamente nuestro suelo, porque donde quiera que hay un corazón español, allí hay un altar para el amor á la independencia.

Soult, que creía que Wellington se hallaba lejos del campo de batalla, se sorprendió cuando, tratando de averiguar el origen de las demostraciones de júbilo que se notaban en el aliado, le señaló uno de sus guías el lugar en que estaba; y juzgando que habría traído numerosos refuerzos, no se atrevió á intentar nada serio en el resto del día, limitándose á entretener las tropas con ligeros fuegos de guerrilla y á dirigirse él á los altos de la

derecha del Ulzama para observar mejor la posición y fuerzas de los aliados. Á pesar de que no pudo conseguirlo, formó su plan para el día inmediato, mientras que Wellington se preparaba á la defensa hasta que llegasen las tropas del Baztan. Pasó la tarde en continuos reconocimientos por una y otra parte: al anochecer descargó una fuerte lluvia que obligó á las guerrillas á replegarse á sus campamentos, quedaron intransitables los caminos, y esta circunstancia impidió todo movimiento durante la noche.

(Se continuará.)

G. JIMENEZ PALACIOS.—J. MANZO DE ZÚÑIGA.

BIBLIOGRAFIA.

Noticia de un precioso códice de la Biblioteca Colombina. Comprende varios rasgos festivos de GUTIERRE DE CETINA, CERVANTES, CRISTÓBAL DE CHAVES y QUEVEDO, en su mayor parte no publicados. — Interesante carta de MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA, del año de 1606, inédita. Otro opúsculo suyo desconocido. Copia de la novela de *La tía fingida*, con honores de original.

A LOS SRES. D. MANUEL REMON ZARCO DEL VALLE Y D. JOSE SANCHEZ RAYON.

ARTÍCULO 5.º

ALGUNOS DATOS CURIOSOS PARA ILUSTRAR EL QUIJOTE.

Hasta aquí Cervantes, que omitió, ya de cansancio, ya para no parecer prolijo, las sutiles prosas con que intentaron los padrinos demostrar la preferente justicia de los aventureros.

Ahora séame lícito hacer algunas observaciones generales; y sea la primera, cuán fácil y llanamente, aun después de dos siglos, merced á los demás datos de la *Carta*, hemos podido penetrar en el sentido de los nombres puestos á los caballeros del torneo: prueba de no ser arbitrarios, sino cada cual significativo de la persona que le llevaba. Y como nadie superó á Cervantes en propiedad para idearlos (tan familiarizado se hallaba con los libros de caballerías), no es aventurado creer que nadie, fuera del ingenioso autor del *Quijote*, pudo fantasear los de la fiesta de San Juan de Alfarche.

Desde principios del siglo XVI era costumbre y gala de muchos literatos y caballeros encubrir, en las academias poéticas, sus propios nombres con otros que tuviesen alguna aunque muy remota afinidad: D. Diego Hurtado de Mendoza se decía *Meliso*; Luis Galvez de Montalvo, *Siralco*; D. Alonso de Ercilla, *Larsileo*; Micer Andrés Rey de Artieda, *Artidoro*; Lope de Vega, *Belardo*; D. Luis de Góngora, *Daliso*; Luis Barahona de Soto, *Lauso*; Fr. Luis de Aliaga, *Alisolán* (como si dijéramos Aloisio); D. Francisco de Quevedo, *Fabio*.

Salta pues á la vista que entonces no se exigía grande semejanza y parentesco entre el nombre y el seudónimo; bastando para tenerle por bueno pocas letras, pero con tal artificio colocadas, que hiriesen la imaginación y despertasen alguna eficaz sospecha en la memoria.

Dábanse la mano con estos voluntarios seudónimos, otros liberalmente adjudicados á personas de viso, formándolos también de su nombre y apellido de manera que viniese á resultar un mote picante y malicioso, tanto más perfecto cuanto más se acercaba al original. No de otra suerte para motejar de borracho y bebedor á Tiberio Cesar la maleante ociosidad romana, vino á convertirle de *Tiberio Claudio Nero* en *Biberio Caldio Mero*, que le publicaba tres veces catador de lo puro.

Si pues solo á Cervantes debieron ocurrirse los retumbantes, enfáticos y apropiados nombres de los aventureros de Alfarche; si aparece su feliz oportunidad tan pronto como los analizamos en las personas que de ellos hicieron ostentoso alarde; si de este exámen resulta el sistema y procedimiento con que Cervantes los inventaba; y si días y días se le pasaron al ingenioso caballero de Argamasilla en imaginar qué nombre

se pondría á sí mismo y á su dama y á su caballo, músicos, peregrinos y significativos, para lo cual tantos formó, borró y quitó, añadió, deshizo y tornó á hacer,—bien puede asegurarse que no fueron improvisados ni carecen de significacion y misterio aquellos otros de valerosos capitanes que en la *aventura de los ejércitos de carneros* agolpábanse á la imaginacion de don Quijote.

Así como al exaltado cerebro del *hidalgo de la Mancha* parecían ejércitos las manadas de ovejas, y los veía clarísimos, distinguía y diferenciaba, cual si en realidad existieran, ¿qué tiene de extraño que simbólicamente, y en virtud de una segunda ilusion propia, imaginase Cervantes en aquellas ovejas heridas de muerte por un loco, las muchedumbres de dóciles súbditos de Felipe III despotizadas y regidas por hombres que estaban muy lejos de merecer gobernarlas? Cervantes presencié durante largos años en Sevilla los atroces castigos que á leves faltas imponían los asistentes conde de Puñonrostro y señor del Castrillo; en las cortes estudié de cerca la rapacidad é iniquo proceder de favoritos y encumbrados; y á juicio los trajo siempre, no como lo hacía Quevedo con la escandalosa discusion política, sino sacándoles los colores al rostro con la alabanza y deleitosa pintura del mérito verdadero, de la callada virtud, de la moral fecunda en imperecederos bienes. Ni dogmatizó como repúblico, ni ultrajó como satírico: limitóse á la censura, libre de ostentacion y alboroto; á las burlas de las humanas flaquezas, sin jactancia de tirar la piedra á tejado conocido; en fin, á poner delante de la sociedad el espejo de sus perfecciones é imperfecciones, sabiendo que la sociedad no tendría valor para romperlo, por aquello de

Arrojar la cara importa;
Que el espejo no hay por qué.

De la propia manera y con el mismo procedimiento que en el torneo burlesco de Alfarache, Cervantes en su libro inmortal hizo, de Quijada, *Quijote* y el pastor *Quijotín*; de Aldonza, *Dulcinea*; del rocín, *Rocinante*; de Casilda la andaluza, la Sra. *Casildéa de Vandalia*; del bachiller Sansón Carrasco, el pastor *Carrascón* y el caballero del *Bosque*, por no ser ajenos de ellos las coscojas; del cura, el pastor *Curiambro*; y de Sancho, el pastor *Pancino*: nombres todos tan parientes entre sí. ¿Faltará igual afinidad en los demás del libro; habrán nacido como los hongos? Permitaseme dar rienda suelta á la fantasía, y aventurar algunas conjeturas para comprometer á ingenio más feliz en descifrar los misteriosos caudillos y capitanes de los ejércitos ovejunos.

Quiero callar á quién atribuyo la espada del ostentoso mequetrefe *Brandabarbarán de Botiche*, señor de las *tres Arabias*; y quién sospecho pueda ser el jugador hugonote *Pierres Papin*, señor de las baronías de *Utrique*; tampoco nada indicaré acerca del medio moro, maton y enfatuado con vanidades de pergaminos, *Ali-Fanfarrón*, señor de la grande isla *Trapo-vana*; aunque recuerdo cabos en la milicia, y oficiales y ministros en los consejos, á quien tales apodos vendrían como de molde.

Pero no dejaré de decir que pudiendo simbolizar los dos ejércitos otros tantos partidos que sordamente se disputaban entonces en España el esquilmo de las rentas públicas, de los negocios y de la provision de los destinos, es fácil distinguir el caudillo de una de tales huestes en el *guramanta Pentapolín del Arremangado Brazo*. Analicemos este nombre. Eran antigua gente de la Libia los fieros *garamantas*; y jugando del vocablo en el siglo XVII, estudiantes y pícaros (todo uno según Quevedo) acaso pronunciaban fuerte la *r*, formando con la voz *garamanta* un sustantivo del verbo *garramar*, que tanto vale «cobrar los tributos» como «robar y hurtar.» Es de advertir que en el código colombino, en los manuscritos de aquel tiempo y en autógrafos de Cervantes, una sola *r* equivale casi siempre á dos; y así ninguna dificultad ofrece que en el texto del *Quijote* suene doble desde luego en la voz *guramanta*: de la propia manera que debe sonar en *Ali-Fanfarrón*, sin que obste ver sencilla en las antiguas ediciones la *r*. *Pentapolín* significa «señor de cinco pne-

blos;» y apellidóse *del Arremangado Brazo*, por tenerlo desembarazado para garbear por sus manos lo que se pudiese á tiro, con notable peligro (como se afirma en el discurso de las Letras y de las Armas) de la vida y de la conciencia. Todo esto conviene, sin quitar una tilde, á D. Pedro Franqueza, natural de Igualada; el cual, de escribano de Mandamientos en Barcelona, llegó á ser por Felipe III conservador general del patrimonio de Aragón y de Italia, secretario de la Reina, y de la Inquisicion, y del Consejo de Estado, y á intervenir como dueño en las materias de Hacienda. Diósele hábito de Montesa y título de conde de Villalonga. Pero con tan público escándalo y nota procedía en sus oficios, baratando con los banqueros, cohechándose de todo pretendiente eclesiástico, secular y militar, estafando á roso y belloso, y defraudando en millaradas á la real Hacienda, que no se pudo por menos de reducirle á prision en 19 de Enero de 1607, secuestrarle el fruto de sus rapiñas, y dejarle morir en la cárcel. Franqueza había comprado en remate judicial, y valiéndose de su posición, los *cinco pueblos* de Berlinches, Corpa, Villamerchau, Benemelic y Villalonga.

De la propia manera sospecho que en el *temido Mico-colembo*, gran duque de *Quirocía*, se aludió á D. Bernardino de Velasco, conde de Salazar, que después tuvo el encargo de expulsar los moriscos de ambas Castillas, Mancha y Extremadura, hombre del corazón más duro y del rostro más feo que hubo en su tiempo, si se exceptúa el de la condesa; por lo cual cantó Villamediana:

Al de Salazar ayer
Mirarse á un espejo ví,
Perdiéndose el miedo á sí
Para ver á su mujer.

Lo de *temido* y *Mico*, por la dureza y fealdad del conde, son alusiones clarísimas; hallo afinidad entre *Colembo* y Velasco; *Quirocía* es eco de Quirós; y no será imposible hallar explicacion satisfactoria á las *tres coronas de plata*.

El escualido portuguesino *Alfeñiquén del Algarbe*, como una gota de agua á otra, se parece al conde de Salinas, marqués de *Alenquer* (*Alfeñiquén* remeda esta palabra), hijo del célebre príncipe de Éboli, Rui Gomez de Silva. Preciábase el conde de tener elevada silla en el Parnaso español; de castellano en el dominio de la lengua; pero de portugués por naturaleza y derechos heredados (á eso alude lo *del Algarbe*). Felipe III le nombró de su Consejo de Estado de Portugal, y veedor de aquella Hacienda cerca de su real persona, con precedencia á los demás consejeros; y estos lo llevaron con harta mortificacion, precisamente cuando iba á salir á luz la primera parte del *Quijote*.

¿Y quién sería aquel *Esparta-filardo del Bosque*, poderoso duque de *Nervia*; aquel mozo, seco de rostro, estirado y avellanado de miembros, áspero de condicion como un *hilo de esparto*, nacido en el *bosque* ó en las malvas, orillas del Nervion, el antiguo *Nerva* de los autrigones? ¿Quién era ese vizcaino que (como todos los de las tres provincias conocidas bajo la denominacion comun de Vizcaya) sacaba de tino para las burlas á Cervantes? ¿Cómo en fin se podía con facilidad *rastrear su suerte*, según la empresa de la esparraguera y letra del escudo? «Como buen vizcaino tenía por fuerza que ser buen secretario,» sí damos crédito á Sancho Panza (*Quijote*, parte II, capítulo 47); porque solamente Alarcon, y eso muchos años después de este, pudo exclamar en el *Exámen de maridos*:

¡Á fé que es del tiempo vario
Efecto bien peregrino
Que no siendo vizcaino
Llegase á ser secretario!

Al publicarse la primera parte del *Quijote*, Felipe III tenía trece secretarios y cinco oficiales, vizcainos todos. Contábase de los primeros, Martín de Aróstegui; de los segundos, su hijo Antonio de Aróstegui, que era oficial mayor en el Consejo de Estado, y en 1609 subió á secretario, y á poco vistió el hábito de caballero santiaguista, y en 1621 fué secretario del despacho universal por el rey D. Felipe IV. Bien pudo Cervantes, sin te-

mor de equivocarse, *rastrear la suerte* de este aprovechado mozo. Es de advertir que los vizcainos contaban con un protector impertérrito en D. Alfonso Idiaquez, natural de San Sebastian, primer duque de Ciudad-Real, conde de Aramayona, montero mayor del rey, ballestero mayor de Vizcaya, comendador mayor de Leon, castellano y maestro general de Milan, virey de Navarra y capitán general de Guipúzcoa; y que entonces llovieron para el apellido Idiaquez secretarías, plazas de consejeros y caballerizos mayores, hábitos, obispados, condados, ducados y vireinatos.

Otro hijo de su mismo nombre tuvo Martín de Aróstegui, que en la primera década del siglo XVII era vecedor general de las armadas del Océano, y á quien tal vez se alude en la aventura de los carneros, bajo la figura del siempre vencedor y jamás vencido *Timonel de Carcajona* (*Cascajona*, como Teresa Cascajo?), príncipe de la *Nueva Vizcaya*.

Mas poniendo fin á este largo incidente, ¿se adivinará quién fué el valeroso *Laur-calco*, señor de la *Puente de Plata*, el caballero de las armas de oro, el que traía en el escudo un *leon coronado*, rendido á los piés de una *doncella*? ¿Qué caballero pudo pisotear ó despreciar los laureles de España (eso dice *Laur-calco*), y poner ahorrado y rendido el leon de Castilla, que no libremente de hinojos, á los piés de una doncella? ¿Cuál esa virgen hermosa y pura, que á quien no debía desarmaba de su noble fiereza? ¿Por qué la fuerte loriga de oro del caudillo, y cuál la puente de plata que le desembarazaba de competidores y rivales? Hubo en la corte de Felipe II un magnate sagaz y mañoso, que al príncipe heredero, jóven de índole angelical, facilitaba para sus muchas y secretas limosnas, callado y pródigo, el oro que le detenía su padre; un ayo que encareciendo á su pupilo la piedad y la virtud á que era inclinado, le empeñaba en profesarlas sincera y resueltamente (hé ahí la *doncella* del escudo, la Virtud), limando así al leon de España las garras sin que lo echase de ver, y apoderándose de su voluntad por aquella al parecer santa, noble y desinteresada *puente de plata*; un prócer en fin que, viendo ya en el trono á su amo, le tuvo no por rey sino por reino suyo, y dejándole únicamente los trastos del poder, que son el manto, el cetro y la corona, le usurpó el sello real con pretexto de aliviarle la enojosa molestia de la firma; un valido que dispuso como árbitro de la suerte de estos reinos; que autorizó la corrupcion de las costumbres, haciendo que sustituyese á la integridad y limpieza en oficiales, jueces y ministros, la socalina, la estafa, el cohecho, la injusticia y la tiranía; y que se secasen los bellicos laureles españoles,—todo con tener franca la *puente de plata* de los gobiernos y pingües destinos, para que pudiesen por ella abandonar el inseguro lado del príncipe, no los virtuosos y beneméritos, sino los vanos, ambiciosos y desapoderados con la sed de mando y de riqueza. Tal el *duque de Lerma*; y por eso de los primeros que en la magnífica alegoría de los dos ejércitos se presenta con vivísimos colores á la fantasía del hidalgo manchego. Sobre las señas parteras y exactísimas del favorito, hallo que existe no menor parecido entre *Laur-calco* y *Duque de Lerma*, que entre *Larsileo* y *Ercilla*, *Artemidoro* y *Artieda*, *Meliso* y *Mendoza*. Bien pudo Cervantes, sin quebrantar el propósito de que nunca volara su humilde pluma por la region satírica, bajeza que á infames premios y desgracias guía, permitirse el ingenioso y festivo desahogo de ver los rebaños de esquilmadas y mal heridas ovejas capitaneados por personas tan fastuosas y encaramadas.

El ingenio esencialmente objetivo de Cervantes siempre tomó vuelo en un punto fijo de la naturaleza; y por eso, desde que nació su obra, fué calificada de sátira, y la tradicion constante de que está simbolizado en cada figura un personaje verdadero, despertó la idea del *Buscapié*.

Todo, con efecto, en su libro tiene vida, porque inmediatamente la recibe de la naturaleza: personas y brutos, mares y tierras, selvas y llanuras, pueblos y artefactos, la lluvia y el viento, el sol y las tinieblas de la noche. Nada pasó desatendido para Cervantes: nada hirió su imaginacion que no le arrancase

destellos vivísimos de luz; semilla ninguna cayó jamás en su entendimiento sin brotar luego vigorosa y florida.

Bien lo prueba la fiesta de San Juan de Alfaraque. Quien la repase con atencion, verá reflejado aquel día de solaz y sazoadas burlas en alguna de las que hicieron á D. Quijote, habitando el castillo del duque.

Ni leyó libro ni conoció persona que no diese materia á un rasgo de su pincel maravilloso. Por eso pasma el número de obras reconocidas por Clemencia para encontrar los gérmenes de tal cual alusion cervantina; y de ahí que todos los días aparezcan datos ignorados en abono del reparo de D. Quijote á su escudero: «Esa pregunta y esa respuesta no es tuya, Sancho; á alguno las has oído decir.» De confirmacion sirva que imagino haber hallado en una obra rarísima el original del primo acompañante del hidalgo de Argamasilla, cuando la expedicion á la cueva de Montesinos; el tipo de aquel famoso estudiante que sabia hacer libros para imprimir y para dirigirlos á príncipes, teniendo compuesto ya uno con título de *Metamorfoseos, ó Ovidio español*, todo necedades y disparates, segun la buena critica de Sancho. No parece pueda ser otro aquel escritor, que D. Diego Rosel y Fuenllana, sargento mayor en las partes de España, y gobernador de la ciudad de Santa Ágata en las de Italia, natural de Madrid. Hacia el año 1607 ya estaban corrientes para la estampa sus *Varias aplicaciones y transformaciones*, como si dijéramos el *Ovidio español*, dirigidas al rey cristianísimo, y (entre los elogios puestos al frente) ridiculizadas con dos sonetos de Quevedo y Cervantes, de manera extraños é hiperbólicos, que harto manifiestan ser fina y encubierta burla del autor, confiando que en su simplicidad los tomara por moneda corriente.

Para los furiosos tajos con que hizo trizas D. Quijote el retablo de maese Pedro, por defender á la hermosa Melisendra, Cervantes debió recordar suceso verdadero que tal vez él mismo presenciaria. Coincidencia singular es que tambien en el *Quijote* de Avellaneda, obsequiando al héroe una compañía de representantes con el ensayo de *El testimonio vengado*, comedia de Lope de Vega, D. Quijote, al ver cómo cierto príncipe, en ausencia del rey, levanta testimonio á su madre de que cometia adulterio, se ciega de cólera, grita, echa mano á la espada y arremete contra el fementido. Para discurrir á un tiempo una misma aventura Cervantes y Aliaga, fueron sin duda espectadores del caso que Vincencio Carducho, pintor excelente, refiere en sus *Diálogos* (IV, fóllo 61 vuelto): «Yo me hallé (dice) en un teatro donde se descogió una pintura de Lope de Vega, que representaba una tragedia, tan bien pintada, con tanta fuerza de sentimiento, con tal disposicion y dibujo, colorido y viveza, que obligó á que uno de los del auditorio, llevado del enojo y piedad, fuera de sí, se levantase furioso dando voces contra el cruel homicida, que al parecer degollaba una dama inocente; que causó no poca admiracion á los circunstantes, como vergüenza al que, llevado del oído y movido de la afectuosa pintura, le dió en público el efecto que el poeta habia pretendido, viéndose engañado de una ficcion.» En nuestros días ha vuelto á repetirse esto mismo.

Ávido buscaba Cervantes las tradiciones y consejos de los pueblos y retrataba fielmente el aspecto de sus edificios, campos y sierras, para que no perdiendo cada sitio su especial fisonomía, la descripcion de ellos presentase dentro de la unidad la variedad hermosa y deleitable que reina en la naturaleza. El curioso que registre con advertencia las *Relaciones dadas á Felipe II* en 1575 por los pueblos de la Mancha, acerca de sus particularidades y cosas notables, allí encontrará lo principal de la geografia del *Quijote*; y acaso algunas personas de las que intervienen en la fábula, y el despertador de algun incidente que la ameniza.

Por ellas supondrá que D. Quijote vestía de los muy buenos velloris fabricados en la Membrilla, de que entonces tanto se ufanaban los manchegos.

Por ellas conocerá que la aventura de los batanes ha de fijarse, con certeza, en los varios que existían al sur de La Solana, orillas del río Azuer. Es poco probable suponerla en los irs del

heredamiento de Ruidera por bajo de la laguna del Rey; pero todavía mucho menos llevarla (como vulgarmente se hace) al campo de Calatrava, partido de Almagro, no lejos de las márgenes del Jabalón.

De las mismas relaciones habrá de nacer la sospecha de que para la figura de *Camacho* el rico, debió ser modelo Juan Pérez *Canuto*, el más rico labrador del campo de Montiel, vecino de Villanueva de los Infantes, cuyo mayorazgo excedía de sesenta mil ducados, con famosísimas haciendas en Fuenllana y Alhambra. Por estos contornos precisamente habrá de fijarse tan dramática aventura, y de ningún modo en las cercanías de Villarobledo.

Leyendo la siguiente de la cueva de Mortesinos y lagunas de Ruidera, y hojeando las *Relaciones de los pueblos* de Argamasilla de Alba, La Solana, Alhambra y la Osa de Montiel, es gustoso ver cómo las romancescas tradiciones de aquellos vecinos inflamaron la feliz imaginativa de Cervantes, haciéndola brotar en raudales de ideal y hechicera poesía.

Por último, esas importantísimas *Relaciones* me conducen á fijar la aventura del rebusco en el Peral, antigua aldea de Alarcón, cerca de las sierras Valerianas ó de Cuenca. Para llevarla al Mediodía de Cañete, donde comunmente se sitúa, no hay mayor razón que la atendible de ir por allí el camino de Zaragoza. Suponerla en Argamasilla ó el Toboso, como conjeturó Clemencin, es cosa fuera de todo razonable discurso. El Peral, perteneciente á la Mancha de Monte-Aragón (que es el territorio donde debe buscarse con efecto aquella aventura y la venta en que maese Pedro enseñó el retablo de las maravillas, por decirlo así el ventero), está colocado en el mismo camino romano de Iniesta, con la cual confina; y por un notable suceso gozaba de celebridad en todo el reino de Toledo cuando lo recorrió Cervantes. Partiendo límites con Villanueva de la Jara, trataron de visitar una mojonera en los últimos años del siglo XV los alcaldes ordinarios del Peral, Alfonso Navarro y Bartolomé Radejo. Alborotóse la gente de Villanueva; revolvióse contra sus vecinos; ambos pueblos vinieron á las manos, y en la refriega quedaron muertos el uno y el otro alcalde. La mala voluntad que se tienen pueblos limítrofes, y el afán con que se ridiculizan mutuamente sin malograr ni desperdiciar coyuntura, «levantando caramillos en el viento y grandes quimeras de nada», según el mismo Ben-Engeli, pudo sugerir á los de Villanueva alguna invención burlesca sobre el caso verdadero de los dos alcaldes, convirtiendo en rebuscos las razones que debieron alegar para defender la mojonera. Con ello darían alimento frecuente á quejas, odios y choques de poder á poder; y á Cervantes motivo para escribir uno de los más bellos capítulos del *Quijote*.

Tienen pues á mi juicio razón sobrada los que sospechan que en este libro se halla encubierta una fina sátira de aquel siglo, y le estiman su clarísimo espejo y de la humanidad juntamente, que es siempre y en todas partes la misma; en fin, los que le aprecian colección magnífica de perspectivas para estereoscopia, y de retratos de cuerpo entero de personas de todos estados, gustos y condiciones, hecha delante de los propios originales por el mayor pintor del mundo. Digo el mayor, porque no solo fotografiaba las líneas y colores, la luz y las sombras, y el bulto deleitable en lo exterior de las perspectivas y de la figura humana, sino lo íntimo y secreto, los erráticos afectos del ánimo, el movimiento que es la vida, el alma que es el soplo de Dios. Con su vara mágica hace moverse en derredor suyo la naturaleza entera, llena de vigor, de encanto y armonía: todo con feliz retentiva lo va grabando en la memoria; y todo lo quilata y presenta clara, fácil y ordenadamente á la madura elección del adestrado juicio, comunicándole sobrehumanas fuerzas y pasmosa virtud. No hay, no puede haber en el *Quijote* suceso, escena, cuadro, objeto ni dicho alguno, que no haya tenido antes como despertador un modelo real y verdadero en la naturaleza; el cual, acendrado en el crisol de ingenio sublime, toca y rivaliza con la más encantadora idealidad. ¡Oh cuánto aun se redoblaría el placer incomparable de la lectura del

Quijote, si en cada frase, en cada descripción y pintura se pudiese ver por dentro el alma de Cervantes, sus recuerdos de amor y gratitud, de esparcimiento y alegría; sus memorias de pasados bienes y de no merecidos males; sus quejas de los hombres ingratos y distraídos; sus encubiertas reprensiones y advertimientos, los desahogos de su lacerado corazón!

Á intentos soberanos incitábale la hidalga sangre heredada; y la pobreza y el infortunio amarrábanle á mercenarias tareas. Tan pronto veíase en los palacios y festines de los próceres, como en el hediondo calabozo de una cárcel; hoy camarada de príncipes y señores, y mañana mezclado con asesinos y rufianes; así cultivando el trato de hermosas y discretas damas en España ó Italia, como el de fregonas, vivanderas y campesinas. Valiente, asiste á la batalla y la victoria; cristiano, sufre con ánimo y resignación el cautiverio; noble y con ínfulas de caballero andante, sueña hallar en su entendimiento, en su industria, en su valor y arrojo, bastantes fuerzas para levantarse con Aragón y ceñir el laurel de los héroes.

Estudiante y soldado, hidalgo y cautivo, labrador y agente de negocios, alcahalero y poeta, sorprende el corazón humano en las escuelas y en los campamentos, en el asalto y en el abordaje, en la prosperidad del triunfo y en la miseria de la esclavitud, en las antecámaras de los príncipes y ministros y en el tinelo de los purpurados, en la curia y entre mercaderes, en las academias y en la aldea. Inspirase con el sublime espectáculo de la naturaleza y del arte, contemplando ahora el griego mar embravecido con deshecha borrasca, ahora los manchegos campos cubiertos de rubias espigas; ya los arenales del África inclemente, ya los floridos cármes del divino Genil; los pintorescos valles de la guerrera Alpujarra, y la soledad y encantado silencio de Sierra-Morena; ya, en fin, los palacios y alcázares de Roma, Génova, Florencia, Nápoles, Venecia y Milan. Peregrinando mucho, y viendo y estudiando como Ulises muchos hombres y pueblos, con alma grande en grande corazón, pudo Cervantes dar á su libro la novedad en los sucesos que suspende, la verdad en los caracteres y pasiones que admira, el hermoso y brillante colorido que arrebató. Allí se refleja como en lago apacible su discreción, dulzura y limpieza de pensamientos, el vehemente y arraigado amor que profesaba á la virtud; la indulgencia y ternura de quien no veía con desprecio á la humanidad como los conquistadores, los avaros y los envidiosos; el valor de quien no se rendía con el peso de la gratitud, y la forzó á traspasar los límites del sepulcro, á ley de hidalgo y bien nacido que era; en una palabra, el alma y la vida de Cervantes. Como él, lucha siempre su D. Quijote con las esperanzas y los desengaños, con lo ideal y lo positivo, con la triste realidad y la seductora ilusión; pasa por las peripecias que el autor había pasado; y lo mismo que él, considérase tan en potencia propinqua de subir en un momento á las estrellas, como de caer á los abismos, arrebatado por la caprichosa rueda de la fortuna.

Con tales dotes y circunstancias, ¿es Cervantes un escritor idealista ó naturalista? Lo es todo. Dibuja como Rafael y los antiguos, y pinta como Velázquez; idealiza como Van-Eyck, y siente como Alonso Cano.

Esto se evidencia en la piedra de toque del *Quijote* de Avellaneda, cuadro del más grosero realismo. Bosquéjale Fr. Luis de Aliaga, fiando más en su osadía y enconadas pasiones, que en su ingenio; más en su facilidad para emborronar papel hilvanando comedias, que en su ciencia y literatura; y con el engaño de que, habiéndose criado entre villanos de hacha y capellina, sabría ser oportuno cronista de un hidalgo de aldea.

Pero el atrevido aragonés carecía de todas las condiciones precisas para comprender y desarrollar el carácter de D. Quijote y hacerle hablar y discurrir como hidalgo y generoso; teniéndolas únicamente para reproducir la figura de Sancho Panza, porque en ella retrataba la suya propia, según confesión que se le escapa en el prólogo. Por lo demás, el cuadro tiene naturalidad y bulto, mas sin embargo, no interesa.

Allí no hay perspectivas seductoras, ni fenómenos naturales,

ni paisajes y marinas mostrando sitios de África, Italia y Francia, ni gentes, usos y costumbres de naciones diversas, ni africanos piratas y guerreros españoles, ni seres que de antiguo conocamos y apreciemos y á quien nos agrada encontrar á deshora, ni máximas de experiencia grande y de sublime filosofía, ni enseñanza y deleite. ¿Y cómo lo habia de haber? Falto Aliaga del conocimiento de las artes liberales que engrandecen é iluminan el ingenio; desconociendo las obras clásicas de griegos y latinos; sin más instruccion que la escasa y ordinaria del claustro; sin más erudicion que las crónicas y consejos del convento; con las únicas dotes de un entendimiento mediano y descansado, ambicion, maña, artificio y saber contemporizar con la ignorancia y soberbia de quien podia venir á tener mano en el gobierno; sin haber recorrido más extensos horizontes que los que se extienden desde Huesca á Madrid, y desde Valladolid á Toledo, ¿podia ser á propósito para la árdua empresa de continuar el *Quijote*? En buen hora se atreviese á ella veraneando en Tordesillas el año 1605, aguijoneado por la presuncion de ser escritor dramático. Pero ¿qué le cegó para continuarla despues que obtuvo el cargo de confesor del rey en 25 de Setiembre de 1608, y ya en tan grave puesto, para sacar á luz el libro, año de 1614? ¿Qué tentacion irresistible hizo caer á este señor autor (observo que siempre le da Cervantes, para señalarlo con el dedo, tratamiento de *señoría*) en aquella flaqueza, «sin osar parecer á campo abierto y al cielo claro, encubriendo su nombre, fingiendo su patria, como si hubiera hecho alguna traicion de lesa magestad?» ¿La malevolencia? ¿El resentimiento? ¿La envidia del aplauso ajeno? ¿La vanidad que atosiga á los encumbrados desde principios humildes? ¿El intento de lisonjear al favorito y sus satélites, injuriando públicamente y á mansalva á Cervantes, en desquite de sus encubiertas y sazoadas alusiones satíricas? Todo junto sin duda.

Véase por qué califica las novelas de Cervantes de más satíricas que ejemplares, bien que ingeniosas; de agresivo el prólogo que precede á la *Primera parte del Ingenioso Hidalgo*; de personalmente ofensivas á Lope y á él muchas alusiones de esta obra inmortal, asegurando que en ella se hace ostentacion de homónomos voluntarios (el de *Sancho Panza*); véase por qué insulta á Cervantes echándole en cara no hallaria un título de Castilla que no se ofendiera de tomar su nombre en la boca; y en fin por qué le moteja de detractor, envidioso, impaciente, murmurador y colérico. ¿No es esto decir á las claras que está lleno todo el *Quijote* de alusiones graciosas, y publicarle viva alegoría, y que á ello debió desde su aparicion, incomparable popularidad? «Es verdad y no lo puedo negar (dice en su despecho el fingido Avellaneda), por do quiera que he pasado no se trata ni se habla de otra cosa, en las plazas, templos, calles, hornos, tabernas y caballerizas hoy, sino es de D. Quijote de la Mancha.» Aspirando á que mil victores al ingenio del Padre Confesor resonasen en las casas de los consejeros, ministros y oficiales, en las celdas de los religiosos de campanillas, y en los palacios de los próceres; á distraer al vulgo con sucesos de un falso D. Quijote, para que fuese olvidando la sal y pimienta del verdadero; y á injuriar y desautorizar á Cervantes, ¿Aliaga no creeria llevar á cabo una obra meritoria?

Su libro pone fuera de duda que en el del principe de todos los ingenios hay encubiertas más alusiones de las que se han advertido hasta el dia.

AURELIANO FERNANDEZ-GUERRA Y ORBE.

CRÓNICA.

EXTERIOR.

El asunto que á estas horas ocupa preferentemente la atencion pública, es la noticia transmitida el miércoles último desde Paris, sobre la definitiva toma de Puebla. Pocas veces, en efecto, han circulado nuevas y rumores más contradictorios en un particular de esta importancia. Cuando con referencia á cartas

recibidas por el último vapor llegado á nuestras costas de las Antillas, se daba por seguro que el ejército francés habia abandonado el sitio, y que su general en jefe pedia refuerzos considerables é inmediatos al Emperador; cuando en todos los círculos se comentaba un suceso que aparentaba tener visos de una trascendental certeza, el telégrafo nos comunica súbitamente noticias enteramente opuestas, y con referencia á lo publicado por el periódico oficial de Francia se asegura que, segun un despacho del conde de Montholon, cónsul francés en Nueva-York, fechado en 1.º de Junio, y transmitido desde Newcastle, es un hecho la toma total de Puebla y la rendicion sin condiciones del ejército del general Ortega, que defendia la plaza.

Como quiera que á la hora en que escribimos estas líneas no tienen para nosotros estas noticias toda la autenticidad y toda la certeza que requieren para poder ser juzgadas desde un punto de vista exacto é imparcial, parécenos que es de nuestro deber guardar acerca de ellas una prudente circunspeccion, y remitir á nuestros lectores al inmediato número de nuestra Revista, en que podremos extendernos sobre el asunto.

Sin embargo, por mucha que sea nuestra imparcialidad, no ocultaremos que tanto por el origen de las comunicaciones recibidas, cuanto por la naturaleza misma del hecho sobre que versan, para nosotros tiene todo el carácter de probabilidad este nuevo triunfo de las armas francesas en Méjico. El relato de ese triunfo podrá ser inexacto en algunos de sus detalles, podrá ser prematuro en algunas de sus afirmaciones; pero nosotros no hemos vacilado nunca en creer inevitable ese resultado. En vano es, en efecto, que el espíritu de partido tergiversase á su placer los hechos y las descripciones. Francia, como nacion esencialmente militar, dispone de recursos, posee organizacion y fuerza suficientes para llevar á cabo su empresa; y en esta empresa, forzoso es confesarlo, Francia no está moralmente sola tampoco. Mientras los hechos no vinieran á confirmar, lo cual no puede creerse ni política ni aun racionalmente, que Francia llevaba á Méjico aspiraciones de conquista, las armas francesas tendrán en América las simpatías de los hombres civilizados, de los hombres de orden.—Porque en Méjico no se trata de la causa de ese principio liberal, que en son tan declamatorio sacan á relucir los que sin duda no lo comprenden en toda su pureza. Verdad es que en Méjico lucha desesperada y valerosamente un pueblo que ve enfrente de sí á un ejército invasor; verdad que en ese pueblo hay algo del valor y de las condiciones de altivez de nuestra raza; pero verdad es también que ese pueblo ha sido para Europa, todavía más que un peligro, un foco de atentados criminales, que no han podido ni debido quedar impunes. La mision, pues, de Francia, aparte del cumplimiento de lo que exige hoy de esta gran nacion su espíritu nacional interesado, es en nombre del derecho público, es en nombre de la civilizacion universal, y hasta del porvenir de aquella desventurada parte del continente americano. Y, lo repetimos, el triunfo de la Francia, que podrá prolongarse, pero no hacerse imposible, por las embarazosas y graves condiciones de una guerra de este género, no puede ser indiferente á los pueblos civilizados, y mucho menos á la conciencia del religioso pueblo español, que ha visto sacrificados villanos y cobardemente en Méjico á muchos de sus hijos y arrasados los templos. Sentiriamos también, pues, la confirmacion de las noticias adversas, por el ardiente anhelo con que las esperaban los que han creído ver en Puebla la herida mortal del imperio de Napoleon III, mientras que este imperio, que tanto ha hecho indudablemente por esa nacion noble é inteligente, parece disponerse á hacer también justas y prudentes concesiones al espíritu liberal de la época.

El discurso pronunciado por el Príncipe Real de Prusia, heredero presunto de la Corona, al recibir las felicitaciones del municipio de Dantzik, ha sido perfectamente recibido por el sentimiento público de aquel país. La oposicion legal que se organiza y se manifiesta ya contra el deplorable efecto que han causado las últimas medidas gubernativas, puede decirse que ha encontrado su jefe en las gradas mismas del trono. El Príncipe, al lamentarse del estado actual de las cosas, ha condenado implícitamente la conducta arbitraria y desentendida del gobierno, y se ha significado como la esperanza de todos los buenos constitucionales. Veremos ahora cómo conjuran la tempestad M. de Bismark y sus colegas. De cualquier modo que lo pretendan, no esperamos ni deseamos que consigan prevalecer á costa de la voluntad legítima y sufrida de un pueblo que es grande por su historia, y que debe serlo en su porvenir.

Adherida, por fin, el Austria á las modificaciones propuestas por Francia é Inglaterra á sus proposiciones sobre Polonia, ya se han dirigido á Rusia las notas de las tres potencias. Parece que, como hemos anunciado, las bases para un arreglo diplomático son: un armisticio inmediato, sin cuya aceptacion y planteamiento la diplomacia europea no puede empezar á deliberar, y la celebracion de conferencias á las que asistan, según los deseos de Inglaterra, todas las potencias signatarias del acta final del Congreso de Viena. La lucha sigue, entretanto, revelando su continuacion toda la magnitud y terrible organizacion del movimiento polonés, cuyas proporciones no deberán ser tan exiguas, cuando hacen inútiles todos los esfuerzos del formidable ejército moscovita. Un hecho, además, ha venido á dar nuevo interés á esta funestísima cuestion. La intervencion moral del gobierno pontificio en los asuntos de Polonia es ya tan real y efectiva como todos creian y esperaban. Se sabe que Su Santidad ha dirigido una carta al emperador Alejandro; y aunque todavía no nos es conocido el texto de este importante documento, su solo anuncio no puede menos de inspirar vivísimo placer á los que ven de este modo al sucesor de San Pedro llevar al seno de una nacion desventurada su palabra de paz y de amor, y asociarse, como siempre lo ha hecho, á todas las grandes y nobles causas.—Digámoslo tambien en justa gloria del principio católico, fuente y égida de la libertad verdadera. Las únicas naciones que hasta ahora no han querido asociarse al sentimiento del mundo civilizado en favor de Polonia, han sido las que luchan ó con el despotismo, ó con la anarquía: Prusia y los Estados-Unidos.

Según dice un periódico francés, se espera que la presencia del príncipe Napoleon en Constantinopla, á donde llegará después de visitar Siria y el Egipto, contribuirá á que desaparezcan los obstáculos suscitados por la Sublime Puerta á la continuacion de los trabajos del Istmo de Suez.

Lord Russell ha anunciado ya en el Parlamento británico que la eleccion del nuevo rey de Grecia ha sido reconocida por las potencias, y que Inglaterra ha manifestado á estas su intencion de ceder las islas Jónicas.—La diputacion griega ha sido, en fin, recibida en audiencia solemne por el monarca dinamarqués, acompañado de los Príncipes Guillermo y Christian. El general Canaris, jefe de la diputacion, hizo la oferta del trono helénico en nombre de su nacion, y el monarca le contestó que aceptaba, en nombre del Príncipe, la corona que el pueblo griego le ha llamado á llevar.

Según las últimas noticias que nos transmiten los periódicos americanos, parece prepararse una gran batalla entre las fuerzas de ambos ejércitos que ocupan la orilla del Mississipi. Por lo demás, nada hace creer próximo un resultado decisivo para esta lucha, que es hoy en el horizonte político y comercial del mundo una inmensa nube de peligros é infortunios.

INTERIOR.

La cuestion electoral sigue siendo, por decirlo así, el punto culminante de nuestra política; sobre ella debaten diariamente los periódicos; en ella está fija la atencion de todos, oposicionistas y ministeriales; de tal modo, que no parece sino que lleva ya mucho tiempo de publicado el decreto que ha de disolver las últimas Córtes, y que se aproxima el momento de las votaciones.

Comprendemos, sin embargo, por nuestra parte todo el interés que, aun dentro del terreno legal y de la prevision oportuna, inspira generalmente esta cuestion. En España parece que estamos condenados á una existencia política, entera y constantemente anormal; las elecciones son siempre un suceso nuevo, extraño, ruidoso.—Pero lo que no comprendemos, y lo declaramos á fuer de imparciales, es ese cúmulo de exigencias que por todas partes se dirigen al gobierno, y que se formulan, ya á través de las censuras oposicionistas, ya ingeridas en benignas amonestaciones. La conducta del Ministerio es, sin embargo, prudente y digna. Hasta ahora, que sepamos, la única iniciativa oficial tomada en el asunto, ha consistido en pedirse á los Gobernadores, que expongan cuáles son los candidatos más aceptables y apoyados por la opinion en sus respectivos distritos; candidatos que el Gobierno desee constitucionalmente hacer suyos, si no en su totalidad, al menos en la parte que se refiera á las personalidades independientes y distinguidas que se manifiestan propicias á apoyar la política liberal y conciliadora que ha proclamado este gabinete. Está, por tanto, el Gobierno en un terreno tan legal y tan aceptable para todos los hombres imparciales y patrióticos, que nosotros no podemos menos de felicitarnos de ello.

Y aun diremos más: si, como no tenemos motivos para dudar, el Ministerio está decidido á seguir las prácticas legales que tanto reclaman nuestras funciones políticas y administrativas, honra y muy alta puede ser de esta situacion la de contribuir á lo que desde hace muchos años no es más que un nombre en nuestro país: la verdad de unas elecciones. Desde el momento en que esta verdad es un hecho, desde el punto en que las funciones electorales se cumplen al amparo de la independencia del sentimiento público, el mecanismo constitucional funciona libre, ordenada, desahogadamente, y los obstáculos y los peligros, si los hay, son secundarios. Tiempo es ya de conocerlo; los que creen ver ya estéril y marchito el árbol de nuestras modernas instituciones, plantado en nuestro suelo á costa de tan grandes sacrificios, se engañan ó quieren engañarse. Sus raíces viven y se extienden poderosamente en la conciencia de la generacion actual. Lo que necesitamos es separar de ellas todo lo que, por hábitos funestos, entorpece su crecimiento y desarrollo.

Tambien han sido objeto, durante la última semana, de vivas polémicas en la prensa los nombramientos para altos puestos administrativos que el gobierno ha hecho recaer en personas de diversa significacion política. Para nosotros, que nunca dudamos de la rectitud de las intenciones, y que desearemos siempre la conciliacion, en el terreno constitucional, de todos los que puedan figurar dignamente en él, la designacion de esas respetables personas es ni más ni menos que un acto de consecuencia por parte de los que hoy ejercen el poder. No creemos, por lo tanto, deber decir más en el asunto.

EDITOR RESPONSABLE: D. Santiago Boulade y Albert.

MADRID: 1863.—Imprenta de Manuel Tello, Preciados, 56.